

La  
'cuestión eslava'  
en el  
Peloponeso  
Bizantino  
(siglos VI-X)\*

**José Marín R.**

**I**

Entre 1821 y 1829 muchos hombres —que, r un lado, habían adquirido gran parte de su educación bebiendo de las fuentes clásicas y, por otro, adherían a los principios del liberalismo— se sintieron profundamente conmovidos con la causa de la independencia griega y la prolongada resistencia de los griegos frente al dominio turco. Incluso en América, desde Buenos Aires hasta Boston, se formaron sociedades filohelénicas que identificaban a los griegos modernos con el héroe homérico o el filósofo ateniense<sup>1</sup>. El mundo occidental, vástade la civilización helénica, no pudo menos que consternarse cuando, entre 1830 y 1845, el alemán Jacobo Felipe Fallmerayer (1790-1861) dio a conocer una teoría que, fundamentalmente, postulaba lo siguiente:

“La raza helénica, en Europa, está completamente aniquilada. La belleza del cuerpo, los vuelos del espíritu, y sencillez de las costumbres, el arte, la palestra, las ciudades, la campiña, el lujo de las columnas y de los templos, el hombre mismo del

Un adelanto de este estudio fue presentado, íentemente, en el “I Coloquio de Estudios Medievales”, organizado por el Departamento de Historia y Geografía de la Univeridad del Biobío, y llevado a efecto en la ciudad de Chillán el 12 y 13 de Nov. de 1992.

- 1 Bruun, G., *La Europa del siglo XIX (1815-194)*, trad. de F. González, F.C.E., Quinta reimpresión, 1985 (Londres, 1959), Méjico D.F., pp. 27 y s.; Vasiliev, A., *History of t Byzantine Empire. 324-1453*, The University of Wisconsin Press Second english ed., 1964 (1928), Madison and Milwaukee, vol. 1 p. 176 (hay edición en español: Vasiliev, A., *Historia del Imperio izantino*, trad. de J. de Luaces, J. Gil Ed., 1946, Barcelona).

pueblo han desaparecido del continente griego. Una doble capa de ruinas y de fango dejadas por dos razas nuevas y diferentes recubre la tumba de los antiguos griegos. Las inmortales creaciones del espíritu de la Hélade y algunas ruinas antiguas sobre el suelo natal constituyen hoy el único testimonio de la existencia, en el pasado, del pueblo heleno. Y sin esas ruinas, sin esos montículos funerarios y esos mausoleos, sin su suelo y sin la desgraciada suerte de sus habitantes, sobre quienes los europeos de nuestra época han derramado, en un impulso de humana ternura, sus lágrimas y su elocuencia, menester sería decir que sólo un vano espejismo, una imagen sin alma, un ser colocado fuera de la naturaleza de las cosas, ha emocionado las fibras más íntimas de sus corazones. Porque no hay una gota de verdadera sangre helena, pura de toda mezcla, en las venas de la población cristiana de la Grecia moderna. Una tempestad terrible dispersó sobre toda la extensión comprendida entre el Ister y los más apartados rincones del Peloponeso, una raza nueva, emparentada con el gran pueblo eslavo. Los eslavo-escitas, los arnauta-ilirios, los hijos de los países hiperbóreos, parientes de sangre de serbios y búlgaros, dálmatas y moscovitas, tales son los pueblos que hoy llamamos griegos y cuyo origen hacemos remontar, con gran sorpresa de ellos mismos, a Pericles y Filopomeno... La población, de rasgos eslavos, de cejas en forma de media luna, de pómulos pronunciados, de los pastores de las montañas albanesas, no es, a buen seguro, la posteridad de sangre de Narciso, de Alcibíades y de Antínoo. Sólo una imaginación romántica y desbordada puede en nuestros días soñar en el renacimiento de los helenos antiguos, con su Sófocles y su Platón”<sup>2</sup>.

Aun cuando esta teoría ha sido ya superada, es necesario detenerse un momento en ella, y reconocerle elementos no sólo negativos, sino también positivos. Es evidente que el mayor mérito de Fallmerayer fue el de llamar la atención de los historiadores sobre el problema del ingreso y asentamiento de un gran número de eslavos en los Balcanes, suscitando una riquísima y proficua controversia historiográfica, que se prolonga ya por más de un siglo y medio, en torno a estas tres preguntas: ¿cuál fue la verdadera dimensión de la marea eslava que inundó los Balcanes entre los siglos VI y VIII?, ¿cuánto tiempo duró este fenómeno?, y, finalmente, ¿cuáles fueron las regiones más afectadas étnica y culturalmente? Otro acierto del sabio alemán fue el de utilizar algunas fuentes hasta ese momento poco estudiadas, como, por ejemplo, la *Crónica de Monemvasía*, que él ocupa por primera vez como fuente histórica<sup>3</sup>. Pero, lamentablemente, Fallmerayer planteó el

2 Fallmerayer, J., *Geschichte der Halbinsel Morea während des Mittelalters*, Stuttgart, 1830-1836, vol. I, pp. III-XIV, cit., en: Vasiliiev, A., (n. 1), p. 177. Algunos fragmentos son cit. tb. en: Bon, A., *Le Péloponnese byzantin jusqu'au 1204*, P. U. F. 1951, Paris, p. 28; Charanis, P., “Ethnic changes in the Byzantine Empire in the Seventh Century”, en: *Dumbarton Oaks Papers (=DOP)*, 13, 1959, p. 41; Malleros, F., *El Imperio Bizantino (395-1204) (=IMP)*, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile, Segunda edición revisada, aumentada y actualizada, 1987 (1951), Santiago de Chile, p. 133; Malleros, F., “¿Existe continuidad entre la Grecia clásica y la moderna?”

(=GRE), en: *Bizantion Nea Hellás (=BNH)*, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile, 5, 1981, p. 213.

3 Fallmerayer, J., *Fragmente aus dem Orient*, II, Stuttgart-Tübingen, 1845, pp. 367-458, esp. p. 412, según Iván Dujčev, quien cita tal obra en su estudio preliminar a la *Cronaca di Monemvasia*, Introduzione, testo critico, traduzione e nota a cura di I. Dujčev, Instituto Siciliano di Studi Bizantini e Neellenici (*Testi*, 12), 1976, Palermo, p. xi; v. tb. Charanis, P., “The Chronicle of Monemvasia and the question of the slavonic settlements in Greece”, en: *DOP*, 5, 1950, p. 141, n. 1.

tema con equívocos fundamentales: es generalizante, puesto que obliga a las fuentes —sacando frases enteras de su contexto literario e histórico— a decir aquello que *sólo él* desea escuchar, como, por ejemplo, que *toda* Grecia se eslavizó, cuando la fuente dice relación, como ya veremos, *sólo* con una parte de ella; por otra parte, el problema lo concibe en forma *racial*, cuando es *cultural*. La verdad es que Fallmerayer parece tener resuelta la “ecuación” de antemano, sin importarle cuál sea la “incógnita”; las fuentes, naturalmente, *tienen* que corroborar sus conclusiones o, mejor dicho, sus prejuicios. Asimismo, no es capaz de abstraerse de las tendencias culturales de su época —específicamente, el racismo—, de manera que su visión del pasado no sólo es distorsionada, sino —ocupando sus propias palabras— todo un espejismo —una *ilusión* producto de un *reflejo*—. Se podría decir, así, que la tesis en cuestión tiene el valor de ser atractiva y de suscitar controversia<sup>4</sup>, pero también hay que reconocer que el planteamiento es erróneo y la crítica de las fuentes insuficiente y superficial.

Así propuesta la cuestión es natural que el debate historiográfico se haya teñido de prejuicios nacionalistas en todos aquellos países, grandes o pequeños, cuyos orígenes se remontan en el tiempo hasta la época de las grandes migraciones eslavas<sup>5</sup>. Eslavófilos y helenófilos intentaron interpretar las fuentes según su propia conveniencia. Historiadores griegos no sólo han criticado a Fallmerayer: han pretendido negar que en Grecia haya habido presencia eslava, o que haya tenido ésta influencia alguna en la península; Constantino Sathas, incluso, afirmó, a fines del siglo pasado, que *ningún* eslavó penetró en Grecia o el Peloponeso<sup>6</sup>.

Dejando de lado posiciones tan extremas y apasionadas, ya en el siglo pasado la tesis de Fallmerayer fue rechazada por varios estudiosos, entre los que se destacan Zinkeisen (1832), Georgiades, Economos y Paparigópulos (1843); algunos años después Hopf (1867, 1872) y Vasiliev (1898), volvieron a ocuparse del tema, dedicándole brillantes páginas. Por otra parte, algunos eslavos han seguido, más o menos estrechamente, los postulados de Fallmerayer; es el caso de Jireček, aunque éste “no acepta la total desaparición de la raza helénica bajo los eslavos”<sup>7</sup>. Hacia 1850 un movimiento eslavófilo ruso fue el punto de partida de una revalorización de la teoría del profesor alemán.

Aunque en la primera mitad de nuestro siglo vieron la luz algunos estudios de importancia, como los de Thumb (1914) y Vasmer (1941), que rechazaban la citada tesis, paralelamente, en la Unión Soviética, en la década del treinta, ésta fue muy estudiada por un grupo eslavófilo a la cabeza del cual se encontraba Goryanov, quien sostenía que el progreso europeo está estrechamente ligado al pueblo eslavo: “Por su organización y el vigor de su barbarismo, los eslavos

4 Una tesis “estimulante” (lo que de suyo constituye un gran mérito), como apunta Ostrogorsky, G., *History of the Byzantine State*, transl. by J. Hussey, Rutgers University Press, 1957 (1940), New Jersey, p. 7.

5 Lemerle, P., “Invasions et migrations dans les Balkans depuis la fin de l'époque romaine jusqu'au VIII<sup>e</sup> siècle”, en: *Revue Historique*, 211, 1954, Paris, ahora en: Lemerle, P., *Essais sur le monde byzantin*, Variorum Reprints, 1980, London, p. 265.

6 Sathas, C., *Documents inédits relatifs à l'his-*

*toire de la Grèce au Moyen Age*, 1880-1890, Paris, vol. 1, cit en: Bon, A., (n. 2), p. 28. v. tb. Finlay, G., *A History of Greece from its conquest by the Romans to the present time*. B. C. 146 to A. D. 1864, New edition, revised throughout, and in part rewritten, with considerable additions, vol. IV: *Medieval Greece and the empire of Trebizond A. D. 1204-1461*, At the Clarendon Press, 1877, Oxford, p. 1, sobre Fallmerayer v. n. 1.

7 v. Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 136, y, del mismo, *GRE* (n. 2), pp. 216 y s.

rejuvenecieron el Imperio, prolongaron su existencia mil años, llegaron a ser el intermediario entre la Antigüedad y el último Renacimiento Medieval y transmitieron a Europa una poderosa herencia de antiguas culturas. Los eslavos, ancestros del gran pueblo ruso, han transmitido a nuestros padres la alta cultura del Imperio Bizantino...<sup>8</sup>.

A partir del período de postguerra, y sobre todo en las últimas décadas, los estudiosos del mundo bizantino —entre cuyos máximos representantes están A. Bon (1951), P. Charanis (1949-1970), J. Karayannópulos (1971), P. Lemerle (1953-1954) y D. Zakythinós (1945-1965)— han hecho valiosos progresos, rechazando definitivamente las posiciones extremas: ni los helenófilos pueden negar ya la irrupción y asentamiento de tribus eslavas en los Balcanes, ni los eslavófilos pueden ya pretender la total eslavización de la población griega. Fallmerayer mal interpretó las fuentes y llegó a conclusiones erróneas; su tesis —“paradójica”, según Musset<sup>9</sup>; cuando menos “exagerada”, al decir de Vasiliev<sup>10</sup>; “falsa doctrina”, según Gregorovius<sup>11</sup>; “fantástica”, a juicio de Charanis<sup>12</sup>; “trágica”, para Malleros<sup>13</sup>— ha sido definitivamente abandonada, pero la presencia de un elevado número de eslavos en los Balcanes durante la Edad Media, no puede ser negada<sup>14</sup>.

En las siguientes páginas ingresaremos al problema específico de la supuesta eslavización de una región de los Balcanes, el Peloponeso, a partir, fundamentalmente, de la controvertida *Crónica de Monemvasía*.

## II

Un amplio repertorio bibliográfico, que incluye estudios brillantes, da cuenta del conocimiento más o menos exacto, seguro y confiable, que se posee hoy en día en torno al origen, migraciones, y posterior incorporación a la Historia Universal, de los pueblos germanos, hecho que podemos hacer extensivo a aquellos pueblos, de origen asiático, que, a través de la estepa —verdadero *corredor* que comunica a Oriente y Occidente—, irrumpen en Europa occidental hacia los siglos iv y v. Ello contrasta con el relativo desconocimiento que tenemos en relación al origen de los eslavos y su “oscura progresión”<sup>15</sup>. No podemos exponer aquí en detalle el problema de sus

8 Goryanov, B., “The slavs and Byzantium in the fifth and sixth centuries of our era”, en: *Historical (Istorichesky) Journal*, 10, October 1939, p. 111, cit. en Vasiliev, A., *Justin the first. An introduction to the epoch of Justinian the Great*, Harvard University Press, 1950, Cambridge, p. 303, v. tb. pp. 304 y s.

9 Musset, L., *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa Cristiana*, trad. de A. Viñoly, Labor, 1968 (1965), Barcelona, p. 142.

10 Vasiliev, A., (n. 8), p. 303.

11 Gregorovius, F., *Roma y Atenas en la Edad*

*Media*, trad. de W. Roces, F. C. E., 1946 (1872-1889), Méjico D.F., p. 235.

12 Charanis, P., (n. 3), p. 141, n. 1.

13 Malleros, F., *JMP* (n. 2), p. 136; Malleros, F., *GRE* (n. 2), p. 217.

14 Anastos, M.V., “Iconoclasm and imperial rule, 717-842”, en: *Cambridge Medieval History*, vol. iv: *The Byzantine Empire, Part 1: Bizantion and its neighbours (=CMH)*, Ed. by J. M. Hussey, 1966, Cambridge University Press, p. 92.

15 v. Musset, L., (n. 9), p. 31; Hoers, J., *Historia de la Edad Media*, trad. de E. Bosch, Labor, 1984, Barcelona, p. 69.

orígenes, así como los motivos de sus migraciones<sup>16</sup>; bástenos por ahora con decir que “según toda probabilidad, la primera morada de las tribus eslavas incluía Polonia oriental, las regiones del sur de la Rusia Blanca y la parte norte de Rusia Menor, con centro en los pantanos del Prípet”<sup>17</sup>.

Si bien Heródoto, Plinio Segundo Mayor, Tácito y Claudio Ptolomeo nos proporcionan algunos datos acerca de los eslavos, éstos son oscuros e inseguros; habrá que esperar hasta los siglos V y, sobre todo, VI, para que esta “maraña de noticias curiosas e increíbles” se transforme en datos cada vez más seguros y confiables<sup>18</sup>. Será en esa época cuando los eslavos ingresen a la Historia Universal, al entrar en contacto con el Imperio Bizantino.

Es durante la primera mitad del siglo VI cuando los eslavos del sur —en su primera etapa de expansión<sup>19</sup>— entran en contacto con el mundo bizantino en la región del Danubio inferior. Aunque los primeros encuentros confirmados por las fuentes datan de comienzos de siglo<sup>20</sup>, es probable que ya a fines del siglo V algunos grupos de eslavos hayan cruzado el Danubio en forma intermitente<sup>21</sup>. Todo este período se caracteriza por incursiones fugaces y aisladas de grupos pequeños que, después de asolar una o más provincias del Imperio, regresan a su hábitat primitivo tras el *limes* danubiano<sup>22</sup>. En el año 517 se produce una gran incursión —preludio solamente de lo que acontecerá en un futuro próximo— que afecta a Macedonia, Tesalia, Epiro Viejo e, incluso, a las Termópilas<sup>23</sup>. Durante el reinado de Justino I (518-527), que había recibido las

16 El lector interesado puede revisar el excelente trabajo de F. Dvornik, *Les slaves. Histoire et Civilisation*, trad. de l'anglais par D. Pavleski avec la collaboration de M. Chpolyansky, Ed. Du Seuil, 1970 (Boston, 1956), Paris, chap. I: “Origines et migrations des slaves”, pp. 19-49. v. tb. Musset, L., “Entre deux vagues d'invasions: la progression slave dans l'histoire européenne du Haut Moyen Age”, en: *Settimane di Studio del Centro Italiano de Studi sull'alto Medioevo (=SSS)*, vol. xxx: *Gli slavi occidentali e meridionali nell'alto Medioevo*, 1983, Spoleto, tomo II, pp. 982 y ss. y 991 y ss; Lemerle, P., (n. 5), p. 282.

17 Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 132.

18 Rajević, A., “Bizancio y la cristianización de los eslavos”, en: *BNH*, 9-10, 1990, pp. 241 y s.

19 Según Vlasto, A. P., *The entry of the slavs into Christendom*, Cambridge University Press, 1970, London, p. 3. Según Musset, L., (n. 9), pp. 34 y ss., esta expansión se habría dirigido hacia los territorios abandonados por los germanos tras las migraciones de los siglos IV y V. v. tb. Heers, J., (n. 15), pp. 69 y s.

20 Dujčev, I., *Medioevo Bizantino-Slavo*, Ed. di Storia e Letteratura, 1965, Roma, vol. I, p. 35; Musset, L., (n. 9), p. 33; Obolensky, D., “The empire and its Northern Neighbours, 565-

1018” (=ENN), en: *CMH*, ahora en: Obolensky, D., *Byzantium and the slavs: collected studies*, Variorum Reprints, 1971, London, p. 476; Obolensky, D., *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe 500-1453 (=BYZ)*, Cardinal Ed., 1974 (1971), London, p. 67; Rajević, A., (n. 18), p. 242; Runciman, S., *The emperor Romanus Lecapenus and his Reign. A story of Tenth-Century Byzantium*, University Press, 1963 (1929), Cambridge, p. 36; Vasiliev, A., (n. 8), p. 4: “During Justin's rule a new page was opened in the history of the Balkans. It was the beginning of the dense penetration and permanent settlements of the Slavs south of the Danube...”.

21 Charanis, P., (n. 2), p. 36; Dujčev, I., (n. 20), p. 3; Ferluga, J., “Gli slavi del sud ed altri gruppi etnici di fronte a Bisanzio”, en: *SSS*, vol. xxx, (n. 16), tomo I, p. 309.

22 v. Lemerle, P., (n. 5), p. 287; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 66; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 3.

23 Marcellini Comitibus *Chronicon*, A. C. 517, en: Migne, *Patrologia Latina (=MPL)*, t. LI, col. 939: *Duae tunc Macedoniae, Thessaliaque vastata est, et usque Thermopylae veterumque Epirum Getae equitis depraedati sunt*. Según Vasiliev, A., (n. 8), p. 308, *Getae* debe aquí significar *eslavos*. v. tb. Dvornik, F., (n. 16); p. 42; Finlay, G., (n. 6), pp. 6 y ss.

provincias al sur del Danubio en estado de devastación y económicamente arruinadas<sup>24</sup>, y en el curso de las décadas siguientes, aumenta, junto con la frecuencia de los ataques, el número de guerreros eslavos que los protagonizan<sup>25</sup>; en el año 527 asuelan Tracia, que volverá a verse bajo la presión eslava en 545; reiteradas veces, en los años 540, 550 y 559, es asaltada Iliria, alcanzando los bárbaros la costa Adriática en 548; entre los años 540 y 551 diversas expediciones eslavas avanzan hacia el oriente de los Balcanes, hasta Adrianópolis y, aun, llegan a amenazar Constantinopla en algún momento<sup>26</sup>. A pesar de todo, el control de Bizancio sobre las provincias balcánicas no se encuentra aún amenazado.

Tal situación cambiará dramáticamente hacia el año 558. En esa fecha hacen su aparición en el *limes* danubiano los ávaros, provenientes del oriente, de donde fueron expulsados por los turcos<sup>27</sup>. Estos recién llegados lograrán imponer una suerte de hegemonía sobre los eslavos, que se transformarán en sus federados, especialmente como tropas auxiliares<sup>28</sup>; lo que no pudo conseguir la diplomacia ni el ejército bizantinos —someter a los *sklavenos*, como se les llamará en las fuentes griegas<sup>29</sup>— lo logró el poderío ávaro. El Imperio será incapaz de contener a las hordas ávaras que, después de cruzar el Danubio hacia el 560-561, comienzan a invadir los Balcanes: ya en 567 ocupan la cuenca panónica, expulsando a los lombardos, que huyen a Iliria, y sometiendo a los gépidos, establecidos allí desde hacía algunas décadas; hacia el 570 ocupan toda la cuenca media del Danubio; en el año 582 asedian y toman Sirmium, gran nudo de comunicaciones de la Europa danubiana; en 586 sitian Tesalónica. Incluso entre 579 y 581 se emprendió una fuerte ofensiva contra Constantinopla<sup>30</sup>. En todas estas incursiones grupos de eslavos se fueron desprendiendo de sus dominadores ávaros, iniciando una serie de correrías por los Balcanes<sup>31</sup>, que en las últimas dos décadas del siglo VI alcanzan las dimensiones de una verdadera inundación<sup>32</sup>. “El avance de los ávaros apresuró el movimiento de los eslavos hacia el sur, y lo que éstos no habían podido adquirir por sí solos, lo lograron siguiendo a los ávaros en su gran invasión”<sup>33</sup>. Poco a poco, pues, los eslavos comienzan a asentarse al interior del Imperio, sin que éste reaccionara<sup>34</sup>: entre los años 578 y 589 los bárbaros se extienden por Macedonia,

24 Vasiliev, A., (n. 8), pp. 307 y 353 y s.

25 Dvornik, F., (n. 16), p. 42; Ferluga, J., (n. 21), p. 311; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 3.

26 V. Dvornik, F., (n. 16), p. 42; Musset, L., (n. 9), p. 37; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 67; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 3.

27 v. Dvornik, F., (n. 16), p. 43; Lemerle, P., (n. 5), p. 288; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 119; Musset, L., *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, trad. de O. Durán, Ed. Labor, Primera reimpresión, 1982 (1965), Barcelona, p. 16.

28 v. Dvornik, F., (n. 16), p. 44; Finlay, G., (n. 6), p. 13; Rajević, A., (n. 18), p. 242; Vlasto, A. P., (n. 19) p. 4. En esta situación de sometimiento al pueblo ávaro, según Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 133, radica “la equivalencia del término *sklavos* con sirviente y prisionero”.

29 Sobre el lat. *sclavini*, *sclavi* o *slavi*, y el gr. *sklavenoi*, *sklavoi*, v. Dvornik, F., (n. 16), p.

47; Ferluga, J., (n. 21), p. 310; Malleros, F., *IMP* (n. 2), pp. 131 y s.; Musset, L., (n. 9), p. 31; Pristak, O., “The slavs and the avars”, en: *SSS*, vol. xxx, (n. 16), tomo 1 p. 365, quien señala que el nombre *slavo* aparece en la esfera culta bizantina poco después del 550, en escritos en griego, siríaco y latín; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 320, n. 1, donde indica que las menciones más tempranas son de la primera mitad del siglo V.

30 v. Lemerle, P., (n. 5), p. 289; Musset, L., (n. 27), p. 89; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 480; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 75; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 5.

31 Rajević, A., (n. 18), p. 242.

32 Musset, L., (n. 9), p. 37.

33 Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 133.

34 Finlay, G. (n. 6), p. 8; Rajević, A., (n. 18), p. 242.

Tesalia, Epiro Viejo, Atica y Eubea, y, en fecha incierta, pero no antes del 578 ni después del 627, con toda probabilidad hacia el 589, encontramos a los eslavos franqueando el istmo de Corinto para invadir y asentarse en el Peloponeso<sup>35</sup>.

Entre tanto, el Imperio Bizantino tenía concentradas sus fuerzas en el frente oriental, desde la primera mitad del siglo VI, ocupado en su guerra contra Persia. En 532 se estableció una *paz sin límites* que sólo duró unos pocos años, hasta ser restablecida en 562; este segundo pacto no duró más que diez años, al cabo de los cuales se reanudó la guerra contra el Imperio Persa, esta vez por dos décadas, hasta el 592<sup>36</sup>. Bizancio, fiel a su política de no debilitarse combatiendo en dos frentes<sup>37</sup>, dejó a los eslavos en libertad casi absoluta para expandirse por los Balcanes<sup>38</sup>. El *limes* danubiano, la más peligrosa y vulnerable frontera, había quedado desprotegido desde el tiempo de Justino I<sup>39</sup>; aunque Justiniano el Grande (527-565) intentó fortificar el Danubio, desde Sirmium hasta Constantinopla<sup>40</sup>, las fuerzas establecidas allí no fueron suficientes para contener la marea bárbara, y entre el 580 y el 600 declina definitivamente la resistencia bizantina<sup>41</sup>. También intentó este emperador proteger al Peloponeso de las invasiones, para lo cual hizo levantar un gran muro en el istmo de Corinto; sin embargo, la construcción no resistió los embates de la naturaleza, y fue derribada por los terremotos de los años 522 y 551, de manera que a la llegada de los eslavos no había más que ruinas<sup>42</sup>. A este factor de debilidad militar debe agregarse otro de carácter geográfico: la región de los Balcanes, por su relieve, esencialmente montañoso

- 35 v. Dvornik, F., (n. 16), p. 45; Ferluga, J., (n. 21), pp. 312 y s.; Jenkins, R., *Byzantium. The imperial centuries A. D. 610-1071*, Wiedenfeld and Nicolson, 1966, London, p. 13; Musset, L., (n. 9), pp. 37 y s.; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 481; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 76; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 5. Rajević, A., (n. 18), p. 243, es el único autor que afirma que los eslavos "ocuparon todo el territorio balcánico, salvo el extremo sur de Grecia", lo que se contradice con una afirmación de la página siguiente: "al comienzo del siglo IX, Bizancio logrará restablecer, después de doscientos años, el dominio total sobre el Peloponeso"; la única posibilidad, para que exista coherencia entre una y otra afirmación, es que el autor se refiera sólo al Cabo Malea.
- 36 v. Malleros, F., *IMP* (n. 2), pp. 91, 117 y 125.
- 37 v. Herrera, H., "Dagoberto y Heraclio. Un capítulo de historia diplomática", en: *BNH*, 2, 1971, p. 138, y, del mismo, *Las relaciones internacionales del Imperio Bizantino durante la época de las grandes invasiones*, Centro de Estudios Bizantinos y Neo-Helénicos de la Universidad de Chile, 1972, Santiago de Chile, *passim*, v. gr. p. 182.
- 38 v. Dvornik, F., (n. 16), p. 109; Malleros, F.,

*IMP* (n. 2), p. 127; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 476.

39 Vasilev, A., (n. 8), p. 309.

40 Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), pp. 68 y s.; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 66.

41 v. Dvornik, F., (n. 16), p. 45; Musset, L., (n. 9), p. 37; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 5.

42 v. Procopio, *De Aedificiis*, IV, 2, transl. by H. B. Dewing with the collaboration of G. Downey, The Loeb Classical Library, 1951, London, pp. 238-241: "Cuando el emperador Justiniano (...) se dio cuenta de que todas las ciudades del Peloponeso estaban sin amurar, entendió que, obviamente, tomaría largo tiempo atenderlas una a una, por lo cual amuralló seguramente todo el Istmo, porque muchas de las viejas murallas ya se habían derumbado. Construyó allí fuertes y guarniciones. De este modo todas las ciudades del Peloponeso quedaron inaccesibles para el enemigo, aun si alguno forzara las defensas de las Termópilas". v. tb. Bon, A., (n. 2), p. 15; Zakythinós, D., *Le Despotat Grec de Morée. Vie et Institutions*, éd. revue et augmentée par Ch. Maltézou, Variorum Reprints, 1975 (Athenas, 1953), London, p. 22.

—*Balkan* es una palabra turca que significa “cadena montañosa”<sup>43</sup>—, es una zona que ofrece grandes problemas para su defensa<sup>44</sup>. Así, pues, el Imperio no pudo evitar que una gran parte del territorio balcánico cayera en manos eslavas, escapando del control bizantino al constituirse las *sklavínias*, es decir, territorios ocupados por eslavos y que quedan fuera de la jurisdicción imperial<sup>45</sup>. Si bien desde Justiniano II (685-695) las *sklavínias* fueron reconocidas como autónomas —pero tributarias<sup>46</sup>— éstas jamás llegaron a constituir un poder soberano o un *estado*, que diese al Imperio la oportunidad de integrarlo a su esfera política manteniendo así la ficción de la soberanía universal bizantina<sup>47</sup>. En la península del Peloponeso se formó también una especie de *sklavínia* —que, como en el caso de todos los asentamientos eslavos balcánicos, se caracterizará por estar formada por una sociedad tribal basada en lazos consanguíneos, con una economía agrícola y pastoril<sup>48</sup>— que mantendrá su autonomía por un espacio de dos siglos<sup>49</sup>. Es entonces cuando comienzan los *dark ages* para la península del Peloponeso.

\* \* \*

Es tiempo ya, después de esta breve síntesis histórica, que nos detengamos en el problema de las fuentes, las que, por cierto, son pocas y, casi todas, tardías, lo que ha significado que el problema de la eslavización del Peloponeso siga en la penumbra, apenas iluminado por algunos estudios brillantes. Queremos llamar la atención preferentemente sobre una fuente a nuestro juicio clave

43 Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 20.

44 Herrera, H., *Las relaciones...* (n. 37), p. 16. v. tb. la sucinta descripción geográfica de Bogdan, H., *La historia de los países del este*, trad. de A. Forns de Gioia, Javier Vergara ed. S. A., 1991 (1990), B. Aires, pp. 21 y s.

45 v. Jenkins, R., (n. 35), p. 45; Ostrogorsky, G., “The Byzantine Empire in the world of the seventh century”, en: *DOP*, 13, 1959, p. 6; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 169; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 7.

46 Musset, L., (n. 9), p. 39.

47 Ostrogorsky, G., (n. 45), p. 4; Zakythinós, D., (n. 42), pp. 20 y s. v. tb. Finlay, G., (n. 6), p. 9.

48 Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 82.

49 La visión cronológica que hemos presentado es muy general y sintética, puesto que sólo nos interesa el momento en que los eslavos alcanzan el Peloponeso. Mayores precisiones sobre el avance ávaro-eslavo, así como sus relaciones con el Imperio Bizantino, en: Bogdan, H., (n. 44), pp. 33 y ss.; Bréhier, L., *El Mundo Bizantino. Vida y muerte de Bizancio*, trad. de

J. Almoína, *UTEHA*, 1956, Méjico D. F., pp. 26 y ss.; Dvornik, F., (n. 16), pp. 42 y ss.; Ferluga, J., (n. 21), pp. 309 y ss., quien incluye importante información bibliográfica en las pp. 304 a 310, además de una cronología del avance ávaro-eslavo en las pp. 314 y s.; Herrera, H., “Las estepas euroasiáticas: un peculiar espacio histórico”, en: *El espacio en las ciencias*, Ed. Universitaria, 1982, Santiago de Chile, pp. 176-180, donde se destaca el aporte ávaro en el arte de la guerra; Kollautz, A., “Die Awaren. Die Schichtung in einer Nomadenherrschaft”, en: *Saeculum*, v, 1954, pp. 129-178, con una extensa bibliografía específica al final (esta referencia, como muchas otras, se la debemos al Prof. Dr. Héctor Herrera Cajas, sin cuya colaboración este trabajo no podría haberse llevado a cabo); Lemerle, P., (n. 5), *passim*, esp. pp. 273-277: referencias a las rutas de invasión, y pp. 281-295: donde se analiza, con apoyo de bibliografía selecta y de un minucioso estudio de las fuentes, el problema ávaro-eslavo; Malleros, F., *IMP* (n. 2) pp. 132 y ss.: “Lo curioso es que los ávaros eran



para la comprensión del fenómeno, y que en muchos casos ha sido infravalorada desde que Fallmerayer la utilizara por vez primera en su citado estudio. Nos referimos a la *Crónica de Monemvasía* o, según Lemerle, *Crónica del Peloponeso* o *Crónica de la Metrópolis de Patras*<sup>50</sup>. El texto, íntegro, es el siguiente<sup>51</sup>:

“En el año 6064 de la Creación del mundo<sup>52</sup>, que era el trigésimo segundo del reinado de Justiniano el Grande<sup>53</sup>, vinieron a Constantinopla embajadores del extraño pueblo de los así llamados ávaros. No habiendo jamás visto un pueblo tal, toda la ciudad se precipitó a verlos. Ya que llevaban el cabello muy largo, en trenzas y atado con cintas. En todo el resto su vestido era similar al vestido de los otros hunos.

avezados guerreros y, con todo, terminaron por desaparecer, y los eslavos, en cambio, subsistieron”; Musset, L., (n. 27), p. 89; Musset, L., (n. 9), pp. 36 y s.; Musset, L., (n. 16), *passim*, esp. pp. 995 y ss.: sobre el *limes danubiano*, y pp. 991-1005: sobre los itinerarios de la progresión eslava; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), pp. 473-488; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), pp. 35-42: rutas balcánicas, pp. 72 y ss.: ávaros y eslavos; Ostrogorsky, G., (n. 45), pp. 4 y ss.; Pristak, O., (n. 29), *passim*, con una excelente bibliografía específica en pp. 425-432; Vacalópoulos, A., *Origins of the Greek Nation. The Byzantine Period, 1204-1261*, transl. by I. Moles, Rutgers University Press, 1970, New Jersey, pp. 2 y ss.; Vasiliev, A., (n. 1), pp. 171 y ss.; Vlasto, A. P., (n. 19), pp. 3-7; Zakythinós, D., (n. 42), pp. 20 y ss.: resumen del itinerario de la ocupación eslava en los Balcanes. Referencias más generales en: Dhondt, J., *La Alta Edad Media*, trad. de E. Drake, Ed. Siglo XXI, Décima edición, 1980 (Franckfurt, 1967), Méjico D.F., p. 6; Halphen, L., *Carlomagno y el Imperio Carolingio*, trad. de J. Almoína, УТЕHA, 1955, Méjico D. F., p. 59; Patlagean, E., “¿Hacia una nueva Bizancio?”, en: *La Edad Media*, vol. 1: *La formación del mundo medieval*, colección dirigida por R. Fossier, trad. de R. Santamaría, Ed. Crítica, 1988, Barcelona, pp. 274-277; Talbot, T., “La Europa Oriental y el apogeo de los eslavos”, en: *Historia de las Civilizaciones*, vol. v: *La Alta Edad Media*, colección

dirigida por D. Talbot-Rice, trad. de M. Bofil, Ed. Alianza, 1988, Madrid, p. 216.

- 50 Lemerle, P., “La Chronique improprement dite de Monemvasie: le contexte historique et légendaire”, en: *Revue des Études Byzantines*, 21, 1963, París, ahora en: Lemerle, P., *Essais sur le monde byzantin*, (n. 5), p. 22. Según este autor. la *Crónica* se habría redactado entre los años 811 y 932, probablemente en una fecha cercana al reinado de Nicéforo I (más adelante volveremos sobre este problema). v. tb. Dujčev, I., (n. 3), p. xxix.
- 51 Esta versión española está hecha sobre la traducción italiana, ya citada (n. 3, *supra*), de I. Dujčev. Los aciertos y errores de tal versión han sido destacados hace algunos años por M. V. Bibikov, en una recensión que el lector puede consultar en: *Byzantinoslavica*, xli (1), Praga, 1980, pp. 64 y s. Hemos tenido a la vista, además, la traducción inglesa, de la parte más relevante de la fuente, de Charanis, P., (n. 3), p. 148, y la traducción francesa, fragmentaria, de Lemerle, P., (n. 50), pp. 11-20. Estos tres autores incluyen el texto original griego. La numeración que aquí adoptamos tiene como fin orientar al lector en el comentario posterior, y no tiene ninguna relación con la que utilizan los autores citados. No podemos dejar de agradecer la valiosa ayuda que nos brindó el Prof. Sr. Italo Fuentes Bardelli, quien corrigió los borradores de la traducción que aquí presentamos.
- 52 558-559 d.C.
- 53 Justiniano I: 527-565 d.C.

“(Los ávaros) —como dice Evagrio en el quinto libro de su ‘Historia Eclesiástica’— eran un pueblo de nómadas de la región de allende el Cáucaso,, que habitaban las llanuras del otro lado. Después de haber sufrido terriblemente por parte de los turcos, huyeron de éstos, sus vecinos; abandonaron su propia tierra y atravesaron la costa del Ponto Euxino y alcanzaron el Bósforo<sup>54</sup>. Saliendo de allá, atravesaron tierras de muchos pueblos; combatían 10 contra los bárbaros que encontraban, hasta que llegaron a las riberas del Ister<sup>55</sup>. Después enviaron mensajeros al (emperador) Justiniano y pidieron ser recibidos. Acogiéndolos benignamente el emperador, recibieron de él el permiso para establecerse en Mesia, en la ciudad de Dorostolon,, hoy llamada Distra<sup>56</sup>. Así, de pobres que eran llegaron a ser ricos, y se extendieron sobre un vasto espacio. Mostrándose olvidadizos e ingratos comenzaron a 15 subyugar a los romanos, tomaron como esclavos a los habitantes de Tracia y Macedonia, asediaron también la capital y devastaron despiadadamente sus alrededores. Ocuparon también Sirmium, ciudad insigne de Europa, la cual, encontrándose hoy en Bulgaria, se llama Strem (Strjam), siendo primero dominada por los gépidos, a los cuales había sido 20 concedida por el emperador Justino<sup>57</sup>. Por esta razón, por lo tanto, los romanos concluyeron con ellos algunos pactos deshonrosos, prometiendo ofrecerles un tributo anual de ochenta mil nomismatas<sup>58</sup>. Con esta condición los ávaros proclamaron que habrían de observar la paz.

54 Se trata del *Bósforo Cimerio*. v. Dujčev, I., (n. 3), p. 5, n. 9; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 68. Para éste, como para los siguientes topónimos, ver *Mapa 1*.

55 Antiguo nombre del río Danubio.

56 Antigua *Durostorum*. v. Dujčev, I., (n. 3), p. 5, n. 11.

57 Justino II: 565-578.

58 36 l,6 Kgs. de oro, si 1 nom. = 4,5 grs. de oro, según Andréades, A. M., “Le montant du budget de l’Empire byzantin”, en: *Revue des études grecques*, xxxiv. 156, Janvier-Mars 1921, ahora en: Andréades, A. M., *Histoire économique et financière de la Grèce, Oeuvres*, I, Faculté du Droit de L’Université d’Athènes, 1938, Athènes, p. 454, n. 1; Andréades, A. M., “De la monnaie et de la puissance d’achat des métaux précieux dans l’Empire byzantin”, en: *Byzantion*, 1924, ahora en: Andréades, A. M., op. cit., p. 494, n. 1. v. tb. Zakythinós, D., “Crise monétaire et crise économique à Byzance du XIII<sup>e</sup> au XV<sup>e</sup> siècle”, en: *L’hellénisme contemporain*, 1948, Athènes, ahora en: Zakythinós, D., *Byzance: Etat-Economie-*

*Société*, Variorum Reprints, 1973, London, p. 3. Sobre este tributo v. Dölger, F., *Regesten der kaiserurkunden des Oströmischen Reiches von 565-1453*, I, *Regestenvon 565-1205*, en: *Corpus der Griechischen urkunden des Mittelalters und der Neueren Zeit*, A. 1, München und Berlin, 1924, p. 5, número 34. El pacto dataría del año 574. Según P. Lemerle, (n. 5), p. 279 y s., n. 2, el pago de tributos por parte de Bizancio se ve tradicionalmente como una prueba de debilidad o cobardía. Esa es una visión simplista. Quien recibe el tributo se transforma en cliente, ligado generalmente por obligaciones precisas, como por ejemplo atacar a temibles asoladores contra los cuales Bizancio no podía hacer frente por sí solo a lo largo de una vasta frontera. Además, gran parte del oro volvía al Imperio, bajo la forma del pago de mercancías. En efecto, se establecen también pactos económicos, en virtud de los cuales se celebran “ferias” en lugares previamente convenidos: los bárbaros se procuran a precio de oro especias, productos manufacturados y bienes de lujo de los que están ávidos.

“Cuando después, en el año 600<sup>59</sup> Mauricio<sup>60</sup> recibió el cetro, los ávaros le enviaron algunos embajadores, pidiendo que a los ochenta mil nomismatas que recibían de los  
 25 romanos, se agregaran otros veinte mil<sup>61</sup>. El emperador, que anhelaba la paz, aceptó también eso. Pero ni siquiera esta declaración de pacto resistió más de dos años. Ya que su señor, el kan, formulaba, cada vez, otro pretexto, con el fin de encontrar motivo para una guerra, y pedía cosas excesivas, de modo de disolver los acuerdos cuando en cualquier cosa no fuese  
 30 obedecido. Así, él, encontrando indefensa la ciudad de Tracia Singidunum<sup>62</sup>, la ocupó, y, además, también Augusta<sup>63</sup> y Viminazio<sup>64</sup> —una gran isla en el Ister. Conquistó también Anchialo, hoy en día Messina en Macedonia<sup>65</sup>, como también subyugó muchas otras ciudades que se encontraban en Iliria. Saqueando todo, llegó hasta los suburbios de Bizancio, y amenazó también con destruir la Muralla Larga<sup>66</sup>. Algunos de ellos atravesaron el estrecho de Abidos<sup>67</sup>, saquearon las tierras del Asia (Menor), para volver atrás de nuevo.  
 35 El emperador envió al kan, como embajadores, al patricio Elpidio y Comenziolo, concediendo un aumento del tributo<sup>68</sup>. A esta condición el bárbaro prometió mantener la paz. Permaneciendo por breve tiempo en paz, infringió los acuerdos, emprendió una tremenda guerra contra la región de Scizia<sup>69</sup> y Mesia, y destruyó muchísimas fortalezas.

59 582 d.C.

60 Mauricio: 582-602.

61 90 Kgs. de oro, v. bibl. en n. 58, *supra*. La embajada se llevó a efecto en mayo del 583. v. Dölger, F., (n. 58), p. 111, número 82; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 130.

62 Actual Belgrado. v. Dujčev, I., (n. 3), p. 9, n. 23.

63 Identificada con Sebastópolis. v. *Ibid.*, p. 9, n. 24 y tb. Lemerle, P., (n. 50), p. 12.

64 Actual Kostolac. v. Dujčev, I., (n. 3), p. 9, n. 25; Lemerle, P., (n. 50), p. 12; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 85.

65 Indicación poco clara, puesto que la ciudad de Anchialo se encuentra en la costa del Mar Negro. Probablemente se trata de Drizipara, en Tracia. v. Dujčev, I., (n. 3), p. 9, n. 26; Lemerle, P., (n. 50), p. 12.

66 v. *Mapa 2*.

67 El *Hellesponto*. v. Dujčev, I., (n. 3), p. 11, n. 29; Lemerle, P., (n. 50), p. 12.

68 Elpidio y Comenziolo protagonizaron dos embajadas: la primera, quizá en agosto del año 583, tenía como finalidad negociar con el kan de los ávaros la devolución de las ciudades de Singidunum, Anchialo, Viminazio y Augusta; no obstante, ambos debieron regresar sin llegar a concretar acuerdo alguno. Se puede apreciar la rapidez de las incursiones de los ávaros, pues todas esas ciudades tienen que haber sido capturadas entre mayo-junio y julio-agosto del 583. La segunda embajada, a la que se refiere la *Crónica*, data del 584. v. Dölger, F., (n. 58), p. 111, números 80 y 82, donde se cita literatura y fuentes específicas. v. tb. Dujčev, I., (n. 3), p. 11, n. 31-32-33.

69 La llamada *Scythia Minor*, hoy Dobrudja. v. Dujčev, I., (n. 3), p. 11, n. 29; Lemerle, P., (n. 50), p. 12.

- “Durante otra invasión ocuparon toda Tesalia, toda la Hélade<sup>70</sup>, el Epiro Viejo, el Atica  
 40 y Eubea. Expandiéndose impetuosamente también en el Peloponeso, lo ocuparon por las  
 armas. Expulsando y destruyendo la población noble y helénica, ellos mismos se estable-  
 cieron en este territorio. Aquellos (de la población nativa), que pudieron huir de sus manos  
 asesinas, se dispersaron, ya sea de una parte, ya de otra. (La población de la) ciudad de Patras  
 se trasladó a la región de Reggio Calabria; los habitantes de Argos a la así llamada isla de  
 45 Orobí; los corintios se trasladaron a la así llamada isla de Egina. Precisamente también en  
 ese entonces los habitantes de Lacedemonia abandonaron su tierra natal y zarparon, algunos  
 de ellos, hacia la isla de Sicilia, y en parte permanecen aún allí, en el lugar que se llama  
 Demenna y que, conservando el dialecto de los lacedemonios, se cambió por el nombre de  
 Demenniti. Otros, al contrario, habiendo encontrado un lugar inaccesible cerca de la costa  
 50 marítima, construyeron una ciudad fuerte que llamaron Monemvasía<sup>71</sup>, ya que a los que  
 arriban se les ofrece un solo acceso. Se establecieron en esta ciudad junto con su obispo. Los  
 pastores de rebaños y los campesinos se trasladaron a los lugares escarpados de los  
 alrededores, a los que últimamente se dio el nombre de Tzakonia<sup>72</sup>
- Los ávaros, ocupando de tal modo el Peloponeso, y establecidos allá, permanecieron  
 55 doscientos dieciocho años, sin estar sometidos al emperador de los romanos, ni a ningún  
 otro —es decir, desde el año 6096 de la Creación del mundo<sup>73</sup>, que era el octavo año del  
 reinado de Mauricio<sup>74</sup>, hasta el año 6313<sup>75</sup>, que era el cuarto año del reinado de Nicéforo el  
 Viejo<sup>76</sup>, que tenía como hijo a Stauracio.

70 Ἑλλάδα, en el original. Charanis, P., (n. 3), p. 148, y Dujčev, I., (n. 3), p. 13, utilizan la palabra *Grecia*. Sólo Lemerle, P., (n. 50), p. 13, se ajusta al original y, al igual que nosotros, prefiere el término *Hélade*.

71 v. Dölger, F., (n. 56), p. 12, número 92, alrededor del 588.

72 Puesto que no podemos detenernos aquí en el controvertido problema del origen y significado de esta palabra, remitimos al lector a: Bon, A., (n. 2), pp. 71 y s.; Bury, J. B., *A History of the Later Roman Empire. From the fall of Irene to the accession of Basil I (A. D. 802-867)*, Russell and Russell Inc., 1965 (1912),

New York, p. 381, n. 1; Lemerle, P., (n. 50), pp. 15 y s.; Pernot, H., *Introduction a l'étude du dialecte tsakonien*, Collection de l'Institut Néo-Hellénique de l'Université de Paris, Ed. "Les Belles Lettres", 1934, Paris, *passim*, esp. p. 145; Zakythinós, D., (n. 42), pp. 14 y ss., con indicaciones bibliográficas en pp. 382 y s. v. tb. Finlay, G., (n. 6), pp. 26, 32 y ss.; Vacalópoulos, (n. 49), p. 4.

73 587-588 d.C.

74 v. nota 60, *supra*.

75 805-806 d.C.

76 Nicéforo I: 802-811 d.C.

“Debido a que solamente la parte oriental del Peloponeso, desde Corinto hasta Malea, estaba —a causa de su naturaleza ruda e inaccesible— libre del pueblo eslavo<sup>77</sup>, allí fue enviado por el emperador de los romanos un estratega del Peloponeso. Uno de estos estrategas, oriundo de la Pequeña Armenia, de la familia de los así llamados Skleros, entró en batalla contra el pueblo de los eslavos, los redujo por las armas y los aniquiló completamente; después permitió a los antiguos habitantes recuperar sus moradas. Sabiendo esto, el ya mencionado emperador Nicéforo, lleno de alegría, solícitamente dispuso que fuesen reconstruidas las ciudades de aquella región y todas las iglesias que los bárbaros habían destruido, y que los mismos bárbaros fuesen cristianizados. Informado del lugar en que habitaban los exiliados de Patras después de su traslado, mediante una orden suya los restableció en su antigua sede junto con su obispo, quien ahora llevaba el nombre de Atanasio, concediendo a la ciudad de Patras, que había sido hasta entonces un arzobispado, los derechos de metrópolis.

“En los tiempos en que era aún patriarca nuestro santo padre Tarasio<sup>78</sup>, reconstruyó desde los cimientos su ciudad y las santas iglesias de Dios. Él reconstruyó desde sus cimientos la ciudad de Lacedemonia y tomó posesión del lugar una población mixta: kafirios, trakesios, armenios y otros, reunidos de varias ciudades y lugares; además, se la constituyó como obispado, y dispuso que estuviese subordinado a la jurisdicción de la metrópolis de Patras, a la cual se subordinó también otros dos obispados, el de Metone y el de Corone. Por esto los bárbaros, siendo con la ayuda y con la gracia de Dios catequizados, recibieron el bautismo y adhirieron a la fe cristiana, por la Gloria y por la Gracia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos. Amén”.

\* \* \*

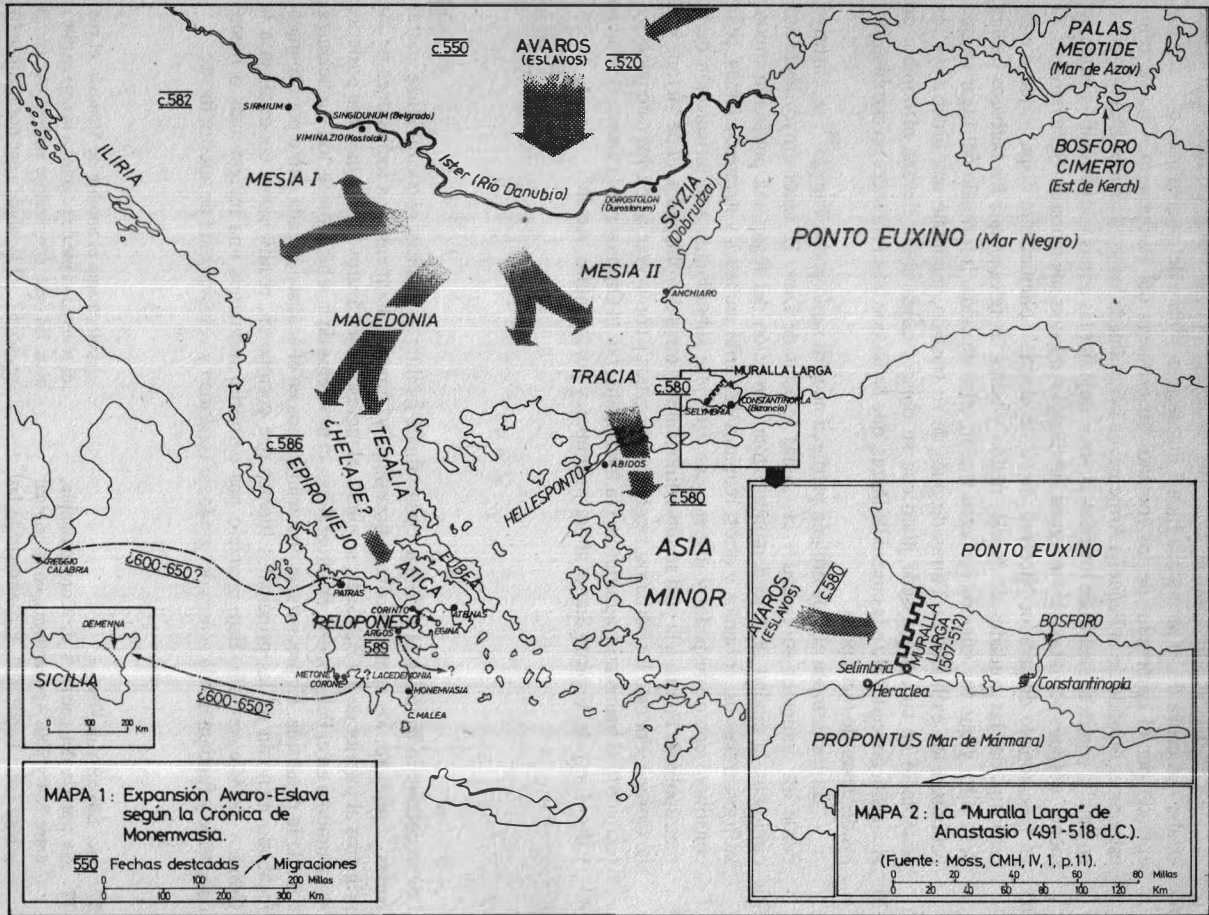
Por su contenido histórico la *Crónica*, con el fin de facilitar su análisis, puede dividirse en tres partes<sup>79</sup>: primero, los contactos ávaro-bizantinos y, fundamentalmente, las incursiones de los primeros al interior de los Balcanes; segundo, el ingreso de los ávaros (=eslavos), y su posterior asentamiento en el Peloponeso; en tercer lugar, el problema de la rebizantinización y rehelanización de la península. Es preciso que nos detengamos en el análisis de cada punto por separado, haciendo mención de las principales fuentes que corroboren, rectifiquen o contradigan a la *Crónica de Monemvasía*. Este ejercicio nos permitirá formarnos una imagen más o menos coherente y fundamentada acerca del grado de veracidad y verosimilitud de nuestra fuente.

77 sic: Σθαβινῶ ἔθνος.

78 Se trataría del patriarca de Constantinopla, entre 784 y 806. Apoyándonos en el original griego (sic: Ταράσιος), y confrontando las traducciones de P. Charanis, (n. 3), p. 148, y P. Lamerle, (n. 50), p. 18, nos parece incomprensible el error en que cae I. Dujčev, (n. 3), p. 23 y n. 66 —error que no advirtió Bibikov (v. n. 51, *supra*)— ya que en su versión italia-

na coloca aquí el nombre de *Atanasio*, el cual es reiterado a pie de página en la nota explicativa. En ésta, apoyándose en Bon, A., (n. 2), pp. 65, 67, y 136, alude a una posible identificación con *San Atanasio*, obispo de Metone; sin embargo, ni éste, ni ningún otro *Atanasio* fue patriarca de Constantinopla antes de *Atanasio I* (1289-1293; 1303-1309).

79 v. Lemerle, P., (n. 50), p. 21.



## A. Los ávaros en los Balcanes (1-38)

En esta primera parte se nos describe una serie de hechos acaecidos, aproximadamente, entre los años 558 y 586-587 d.C., en la región norte de la península de los Balcanes: *limes* danubiano, Escitia Menor, Tracia, Mesia, Macedonia, Iliria. El cronista parece haberse apoyado en fuentes anteriores que hacen referencia a los mismos acontecimientos, a veces en términos idénticos. Veamos a continuación algunas de ellas:

Juan de Biclar (540-621), un godo católico de Hispania, natural de Santarem, hombre de educación griega y latina y que residió por largo tiempo en Constantinopla<sup>80</sup>, es el único escritor latino que narra hechos similares. Su Crónica, que abarca un período comprendido entre los años 567 y 590, "puede compararse —según E. A. Thompson— con las grandes crónicas de la Galia del siglo v. Es raro, en verdad, encontrar un error de exposición o de juicio"<sup>81</sup>. El Biclarense se

80 Gracias a San Isidoro se sabe de la estada de Juan en la capital del Imperio; sin embargo, los historiadores no se han puesto de acuerdo acerca de cuánto tiempo estuvo éste en la ciudad, debido a que existen tradiciones manuscritas distintas, que se contradicen, según explica Hillgarth, J. N., "Historiography in visigothic Spain", en: SSS, vol. xvii: *La Storiografia altomedievale*, 1970, p. 267. Así, pues, algunos sostienen que Juan de Biclar estuvo en Constantinopla 17 años (v. Aguado Bleye, P., *Manual de Historia de España*, vol. 1: *Prehistoria. Edades Antigua y Media*, Espasa-Calpe, Séptima edición refundida, 1954 (1914), Madrid, p. 318; Collins, R., *España en la Alta Edad Media, 400-1000*, trad. de J. Faci, Crítica, 1986 (1983), Barcelona, pp. 62 y s., donde sostiene que Juan vivió en Constantinopla entre 562 y 579, lo cual difiere con las fechas dadas por otros autores (559-576); Fontaine, J., "Fins et moyens de l'enseignement ecclésiastique dans l'Espagne wisigothique", en: SSS, vol. xix: *La Scuola nell'Occidente Latino dell'Alto Medioevo*, 1972, tomo 1, p. 158; *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. III: *España visigoda (414-711)*, por M. Torres, O. Gil, R. Prieto, R. Gibert, M. López, J. Pérez de Urbel, E. Camps y J. Ferrandis, Segunda edición corregida y ampliada, Espasa-Calpe, 1963,

Madrid, pp. xxiv, 457), o 16 años (v. Malleiros, F., *IMP* (n. 2), p. 116; Thompson, E. A., *Los godos en España*, trad. de J. Faci, Alianza, Segunda edición, 1979 (Oxford, 1969), Madrid, p. 97), o tan sólo 7 años (v. Fontaine, J., "Conversion et culture chez les wisigoths d'Espagne", en SSS, vol. xiv: *La conversione al cristianesimo nell'Europa dell'Alto Medioevo*, 1967, p. 106 —donde se contradice con su artículo ya citado líneas atrás—; Sayas Abengochea, J. J., y García Moreno, L. A., *Romanismo y Germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos (siglos iv-x)*, vol. II de la *Historia de España* dirigida por M. Tuñón de Lara, Labor, Primera reimpression de la primera edición, 1982 (1981), Barcelona, p. 308). Hillgarth, en el artículo ya citado, frente a tan divididas opiniones, señala que el Biclarense habría estado, al menos, nueve años en Constantinopla, entre 568 y 577. J. M. Lacarra ("Panorama de la Historia urbana en la península ibérica desde el siglo v al x", en: SSS, vol. vi: *La Città nell'Alto Medioevo*, 1959, p. 334), F. Lot (*El fin del Mundo Antiguo y los comienzos de la Edad Media*, trad. de J. Amoros, UTEHA, 1956, Méjico D. F., p. 249) y L. Musset (n. 27, p. 214), aluden al viaje de Juan, pero sin señalar fecha alguna.

81 Thompson, E. A., (n. 80), p. 73.

refiere a las incursiones ávaro-eslavas en Tracia, Iliria, Grecia y Panonia, entre los años 574-575 y 580-582<sup>82</sup> —las fechas están aún por precisarse<sup>83</sup>—, época en la que se mantuvo constantemente informado de lo que ocurría en el Oriente bizantino<sup>84</sup>.

*A priori* podría pensarse que el autor de la *Crónica de Monemvasía* no consultó la obra del Biclarense, puesto que ésta es bastante más generalizante en su descripción —en la cual las referencias al Imperio Bizantino no son más que datos “anexos” dentro del tema que en verdad le interesa: el reinado de Leovigildo—; sin embargo, no debe descartarse tal posibilidad, ya que en el siglo VI existía una estrecha relación entre el reino visigodo de Toledo y el Imperio Bizantino<sup>85</sup> y, quizá, se guardaba alguna copia de la *Crónica* de Juan de Biclár en alguna biblioteca bizantina.

Es más seguro, en cualquier caso, detenerse en las fuentes griegas, las que sí habría utilizado el autor de nuestra *Crónica*, y que nos son todas conocidas, como apunta Lemerle<sup>86</sup>. Entre otras, podemos citar la *Cronographia* de Juan Malalas, puesto que en el *Libro XVIII* encontramos un párrafo casi idéntico a un fragmento de la *Crónica*, corroborando la fecha proporcionada por ésta<sup>87</sup>. Teophanes, autor del siglo IX, refiere hechos análogos a los de la *Crónica* en diversos pasajes, coincidiendo en las fechas, como sucede, entre otros, en el caso de la presencia ávara en 558 en la frontera del Imperio<sup>88</sup>, las incursiones bárbaras que alcanzan hasta los suburbios de Constantinopla<sup>89</sup>, la captura de Sirmium y el envío de Elpidio y Comenziolo para negociar con el kan de los ávaros<sup>90</sup>, la ocupación de Durostorum y la ofensiva militar contra Escitia Menor y Mesia<sup>91</sup> o la caída de Singidunum<sup>92</sup>. La principal fuente consultada por el cronista es, a todas luces, la *Historia Eclesiástica* de Evagrio, autor sirio que escribe a finales del siglo VI<sup>93</sup>. En efecto, y así lo reconoce nuestro anónimo escritor, parte de la *Crónica de Monemvasía* está copiada casi literalmente del *Libro V* de la obra de Evagrio<sup>94</sup>; lo mismo ocurre en varios pasajes: la captura de Sirmium y la expulsión de los gépidos de Panonia<sup>95</sup>, el asedio del Muro Largo<sup>96</sup>, la toma de Singidunum y Anchialo<sup>97</sup>.

Así, pues, este primer fragmento no ofrece mayores problemas, pues coincide con otras

82 Joannes Biclarense abbas *Chronicon*, en: *MPL*, t. LXXII, col. 865-867. Algunos frags. son cit. en: Bon, A., (n. 2), p. 32, n. 2; Charanis, P., (n. 3), p. 149, n. 36; Lemerle, P., (n. 5), p. 289, n. 2.  
83 *Íd.*  
84 Thompson, E.A., (n. 80), p. 34.  
85 *Ibid.*, pp. 34 y s., 37. Más adelante volveremos sobre el problema de las relaciones hispano-bizantinas.  
86 Lemerle, P., (n. 50), pp. 11-13, 21.  
87 Ioannis, Malalae *Chronographia*, *Liber XVIII: De temporibus Justiniani Imperatoris*, en: *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*, Bonn, 1831, p. 489, 11-12, Cf. *Crón. de Mon.*, 1-3. v. Lemerle, P., (n. 5), p. 288, n. 2.  
88 Teophanes, *Cronographia*, A. M. 6051 = A. C. 551, en: Migne, *Patrología Griega* (=MPG), t. CVIII, col. 509 y s.

89 *Íd.*  
90 *Ibid.*, A. M. 6075 = A. C. 575 (col. 547 y s.).  
91 *Ibid.*, A. M. 6079 y 6085 = A. C. 579 y 585 (col. 553 y s.; 577 y s.).  
92 *Ibid.*, A. M. 6084 = A. C. 584 (col. 575 y s.).  
93 Referencias generales sobre la obra de Evagrio en: Vasiliev, A., (n. 8), p. 12.  
94 Evagrii Scholastici Epiphaniensis et ex Praefectis *Ecclesiasticae Historiae*, v. 1, en: *MPG*, t. LXXXV bis, col. 2789-2791. Cf. *Crón. de Mon.*, 6-12.  
95 Evagrio, (n. 94), v, 12 (col. 2816). Cf. *Crón. de Mon.*, 17-20.  
96 Evagrio, (n. 94), vi, 10 (col. 2860). Cf. *Crón. de Mon.*, 33.  
97 Evagrio, (n. 94), vi, 10 (col. 2860). Cf. *Crón. de Mon.*, 29-30.



fuentes y, en general, podemos concluir que la *Crónica* se ajusta bastante al esquema cronológico expuesto más arriba, esto es, a la realidad histórica. Al menos hasta aquí la fuente es confiable. Hay que reconocer, además, que el autor, seguramente un hombre de Iglesia<sup>98</sup>, es una persona instruida que no sólo conoce las fuentes sino que, incluso, es capaz de integrarlas coherentemente en una síntesis de notable calidad, aun cuando en algunos casos falten referencias cronológicas más precisas. En palabras de Paul Lemerle, la primera parte es “un relato abreviado de las incursiones de conquista de los ávaros al interior del Imperio. Las fuentes son conocidas y, en conjunto, correctamente utilizadas, aunque simplificadas”<sup>99</sup>.

## B.

### Los ávaros (=eslavos) en el Peloponeso (39-58)

Es éste, sin lugar a dudas, el pasaje más relevante y, a la vez, el más controvertido de la *Crónica de Monemvasía*, puesto que para algunos de los problemas que plantea —la diáspora helénica, por ejemplo— no existen otras fuentes, anteriores o contemporáneas, que nos permitan poner a prueba la veracidad del cronista<sup>100</sup>. Los estudios de Peter Charanis y, sobre todo, de Paul Lemerle, son ejemplares al respecto, puesto que nos muestran cómo un buen investigador, poco a poco, con una rigurosidad que a veces se transforma en sutilezas brillantes, va extrayendo de la fuente aquella verdad oculta a los ojos del neófito. No obstante, y a pesar de todos los argumentos que se puedan esgrimir en favor de la *Crónica*, será imposible comprobar que dice toda la verdad<sup>101</sup>; cualquier conclusión, al menos por ahora, no puede ser más que provisoria.

Sin más preámbulo, y sin proporcionar todavía una fecha, el cronista nos habla de “otra invasión”, la cual habría sido protagonizada no sólo por ávaros, sino también por eslavos<sup>102</sup> —aunque sometidos a los primeros—, a los que sólo se nombrará más adelante<sup>103</sup>. Según toda probabilidad, el autor emplea el término *ávvaro* como sinónimo de *eslavo*, y no en un sentido étnico estricto<sup>104</sup>. Pues bien, durante esta “otra invasión”, continúa el cronista, los ávaros (=eslavos) ocuparon “toda la Hélade”. Para Fallmerayer esta afirmación es clave para demostrar la eslavización de *toda* Grecia; sin embargo, ¿qué valor, qué significado geográfico hemos de atribuir a tal expresión? Veamos a continuación, sumariamente, qué nos dicen otras fuentes, anteriores a la *Crónica*, que se expresan en forma similar, intentando descubrir qué extensión se le otorga a la dicha expresión en cada caso.

a) *Fuentes griegas*. Comenzaremos por citar las palabras de Evagrio, que, como ya lo pudimos notar, es una de las fuentes principales de las que se nutre la *Crónica de Monemvasía*. Según este

98 Lemerle, P., (n. 50), p. 21.

99 *Ibíd.*, p. 12.

100 *Ibíd.*, pp. 13, 21.

101 *Ibíd.*, p. 33.

102 *Ibíd.*, p. 22.

103 v. *Crón. de Mon.*, 60.

104 Dujčev, I., (n. 3), p. 17, n. 53. v. tb. Lemerle, P., (n. 50), p. 34: La confusión en la denominación de uno y otro pueblo es frecuente en los textos de la época.

autor, “los ávaros hicieron, una y otra vez, excursiones hasta la Muralla Larga; tomaron por asalto y redujeron a la esclavitud Anchialo y *toda la Hélade*”<sup>105</sup>, además de otras ciudades y fortalezas: devastaron todo a sangre y fuego; no hubo resistencia porque la mayor parte del ejército estaba en Oriente”<sup>106</sup>. El texto es bastante oscuro, puesto que los eslavos no son mencionados; no obstante, esto no significa que Evagrio no se refiera a ellos: tal como en el caso de la *Crónica*, pueden quedar incluidos en la denominación genérica de ávaros. En cuanto a la expresión *toda la Hélade*, el autor no hace alusión alguna que nos sirva para precisar su alcance geográfico; sin embargo, la mención de la *Muralla Larga* —un gran muro erigido a principios del siglo VI por orden del emperador Anastasio (491-518), y que corría desde Selymbria, en la costa norte del Propontus, hasta el Ponto Euxino, aproximadamente a cincuenta y cinco kilómetros al oeste de Constantinopla, y cuyo fin era resguardar la ciudad frente a las ya frecuentes y amenazadoras acometidas de las hordas bárbaras<sup>107</sup> —parece ser un claro indicio de que Evagrio se refiere *sólo al Norte de los Balcanes*. La mención de Anchialo —ciudad localizada en la ribera occidental del Ponto Euxino, a medio camino entre la desembocadura del Danubio y Constantinopla— vendría a confirmar tal hipótesis. Por último, lo que demuestra la imprecisión geográfica del autor, es sintomático que éste diga “toda la Hélade, además de otras ciudades y fortalezas”, lo cual, como apunta acertadamente Malleros, resulta ilógico<sup>108</sup>.

Juan de Efeso, quien escribe hacia el 584<sup>109</sup>, nos ha dejado el siguiente relato: “Ese mismo año, el tercero después de la muerte de Justino, fue también famoso por la invasión de un pueblo maldito, llamado eslaveno, que recorrió *toda la Hélade*”<sup>110</sup>, las provincias de Tesalia y toda Tracia; capturaron ciudades y tomaron muchas fortalezas, devastando e incendiando, reduciendo a la gente a la esclavitud. Se hicieron dueños de todo el país y, habiéndose establecido por la fuerza, lo habitan sin temor alguno, como si fuera su propia tierra. Han pasado ya cuatro años y todo permanece igual, ya que el emperador, ocupado en la guerra contra los persas, ha enviado todas sus fuerzas al Oriente; mientras tanto, viven (los eslavos) cómodamente, extendiéndose por todas partes, tanto como Dios lo permite, incendiando y tomando cautivos. Tan lejos han llevado sus saqueos que, incluso, cabalgaron hasta las murallas externas de la ciudad (la Muralla Larga); robaron todos los caballares imperiales —varios miles de caballos— y todo lo que encontraron.

105 Ajustándonos al original griego (sic: Ἑλλάδα) utilizamos el término *Hélade*, tal como lo hace también Gregorovius, F., (n. 11), p. 220, y Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 134, y *GRE* (n. 2), p. 214. Vasiliev, A., (n. 1), p. 177, prefiere hablar de *Grecia*, y la *Patrología Griega*, en su traducción latina, de *Achaïam*.

106 Evagrio, (n. 94), vi, 10 (col. 2860). Trad. completa, que no difiere sustancialmente de la nuestra, en: Vasiliev, A., (n. 1), p. 177. Trad. fragm. en: Finlay, G., (n. 6), p. 13; Gregorovius, F., (n. 11), p. 220; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 134, y *GRE* (n. 2), p. 214. Frags. griegos en: Bon, A., (n. 2), p. 31, n. 2; Charanis, P., (n. 3), p. 149, n. 33.

107 v. Lemerle, P., (n. 5), p. 284; Malleros, F.,

*IMP* (n. 2), p. 75; Moss, H. St. L. B., “The formation of the East Roman Empire, 330-717”, en: *CMH*, pp. 9-11; Vasiliev, A., (n. 8), pp. 307 y 355.

108 v. Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 134, y *GRE* (n. 2), p. 214.

109 Referencias generales sobre su obra en: Vasiliev, A., (n. 8), p. 22.

110 *Hélade*: Bon, A., (n. 2), p. 31, n. 1; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 135, y *GRE* (n. 2), p. 216. *Grecia*: Bailly, A., *Bizancio*, trad. de L. Martín y L. Salgado, Imprenta Rubí, 1943, Barcelona, p. 90; Charanis, P., (n. 3), p. 149; Charanis, P., (n. 2), p. 37; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 75.

Incluso hasta este día siguen viviendo allí, apaciblemente instalados; viven en paz en los territorios imperiales y, libres de ansiedad o temor, toman cautivos, asesinan o incendian; y han llegado a hacerse ricos en oro y plata, caballos y ejércitos; han aprendido a combatir mejor que los romanos, aunque al principio hayan sido sólo rudos salvajes que no se atrevían a mostrarse fuera de los bosques y al abrigo de los árboles"<sup>111</sup>. Los hechos narrados se ubican temporalmente entre los años 580-581 y 584, y la referencia explícita a los "eslavenos" nos confirmaría una vez más que *ávaro* es sinónimo de *eslavo*, puesto que se relatan hechos similares tanto en Evagrio como en la *Crónica*. A pesar de que Juan de Efeso es más detallista que Evagrio, el término *toda la Hélade* no queda del todo claro: podría pensarse que hace referencia a toda la península de los Balcanes, en sentido amplio; pero el hecho de que inmediatamente se aluda a Tesalia y Tracia, y más adelante a la Muralla Larga, nos lleva a concluir que, tal como en el caso anterior, los hechos relatados dicen relación *sólo con la región norte de los Balcanes*. Expresiones como "se hicieron dueños de todo el país", o "viven cómodamente expandiéndose por todas partes" o "los territorios romanos", deben ser interpretadas, pues, en un sentido restringido. Además, las últimas palabras del fragmento citado nos inducen a creer que no hace mucho que los eslavos han abandonado su hábitat primitivo y su práctica de incursiones esporádicas, después de las cuales se ocultaban en los bosques tras el *limes* danubiano. No obstante, hacia el 584 los eslavos ya están *ad portas* del Peloponeso, por lo que no puede descartarse totalmente la posibilidad de que la palabra *Hélade* incluya, por lo menos, hasta el Atica, y no sólo las provincias danubianas, como propone Malleros<sup>112</sup>.

Menandro, hacia el año 580, nos informa que "destruida la *Hélade*"<sup>113</sup> por los eslavos, y existiendo peligro de todas partes", el emperador Tiberio (578-582) se vio obligado a negociar con el kan de los ávaros, consiguiendo que éstos "hicieran la guerra a los eslavos", ya que "los hombres romanos estaban, a causa de la guerra, reunidos en Oriente". "El kan llevó a efecto una expedición con cincuenta mil jinetes... atacando a los eslavos al norte del Danubio", agregando finalmente que "ninguno de los bárbaros del lugar tuvo el valor de contestar el ataque, sino que huyeron a los bosques"<sup>114</sup>. Aquí las referencias parecen ser bastante claras: la fecha, las alusiones al norte del Danubio y la huida de los eslavos hacia el norte, nos permiten concluir que cuando

**111** Puesto que no hemos tenido acceso a la versión original, remitimos al lector al pasaje citado en: Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 75. Existen dos ediciones de este fragmento de la *Historia Eclesiástica* de Juan de Efeso: 1. *The third part of the Ecclesiastical History of John, Bishop of Ephesus*, transl. by Payne Smith, 1893, Oxford, pp. 432 y s. Según Lemerle, P., (n. 5), p. 290, n. 1, se trata de una edición "imperfecta e incompleta". 2. Grégoire, H., "Les origines et le nom des Croates et des Serbes", en *Byzantion*, 17, *American Series*, III, 1944-45, p. 109, n. 21. Aparte de la versión inglesa ya citada de D. Obolensky, se pueden leer algunos fragmentos en: Bailly,

A., (n. 110), p. 90; Bon, A., (n. 2), p. 31, n. 1; Charanis, P., (n. 3), p. 149; Charanis, P., (n. 2), p. 135; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 135, y *GRE* (n. 2), p. 216. Un buen resumen en: Lemerle, P., (n. 5), p. 290.

**112** Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 135, y *GRE* (n. 2), p. 216.

**113** sic: 'Ελλάδος. Versión latina de la *Patrología Griega: Graecia*.

**114** Menandri Protectores *Excerpta de Legationibus Romanorum ad Gentes*, 16, en: *MPG*, t. CXLIII, col. 908. Frags. en griego son cit. en: Bon, A., (n. 2), p. 31, n. 2; Charanis, P., (n. 3), p. 139, n. 34. Trad. al español en: Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 134, y *GRE* (n. 2), p. 214.

Menandro dice *Hélade*, está pensando *solamente en el norte de los Balcanes*. Según Fotios Malleros, “Menandro denomina *Hélade* al país bizantino que se extiende hasta el Danubio e incluye la actual Bulgaria”<sup>115</sup>.

Dada su estrecha relación temática, conceptual y cronológica, los tres autores citados comprenderían bajo el concepto *Hélade* sólo a las provincias danubianas del Imperio; la demostración estaría en un texto de Theophanes: “El kan destruyó la ciudad de Singidunum y ocupó muchas otra que pertenecían a Iliria. Tomó posesión de Anchialo y destruyó la Muralla Larga”<sup>116</sup>. Ya que Theophanes trata el mismo tema que Evagrio, éste también se habría referido a *Iliria*, más algunas regiones hacia el este (Macedonia, Tesalia, Mesia, Tracia), conclusión que es extensiva a los casos de Menandro y Juan de Efeso<sup>117</sup>.

Hacia el siglo VII u VIII el Compendiador de Estrabón dirá que “incluso hoy los escitas (=ávaros) y los eslavos ocupan todo el Epiro y casi *toda la Hélade*”<sup>118</sup>, el Peloponeso y Macedonia”<sup>119</sup>. Esta fuente parece muy clara: *Hélade* es una región situada en el *centro-sur de los Balcanes*, que limita al oeste con el Epiro, al este con el Mar Egeo, al norte con Macedonia y al sur con el Peloponeso; a no ser que pensáramos que estas dos últimas regiones están nombradas después de la palabra *Hélade* porque quedan incluidas en esta denominación, como si dijera: “casi toda la *Hélade*: el Pelopone o y Macedonia”. Pero esto es ya forzar los términos.

b) *Fuentes latinas*. Juan de Biclar, en su ya citada *Crónica*, dice que hacia el año 580 (?) “los ávaros son rechazados desde los límites de Tracia, y ocupan *partes de Grecia* así como de Panonia”<sup>120</sup>, sin especificar cuáles son. Sin embargo, la descripción siguiente —que en el año 580-582 (?) “pueblos eslavos devastan Iliria y Tracia”<sup>121</sup>—, así como las afirmaciones citadas líneas atrás, se refieren todas al *norte de los Balcanes*; la mención de la Muralla Larga, una vez más, fundamenta tal interpretación<sup>122</sup>. Así, entonces, *Grecia*, para el Biclarense, comprende la *región centro-norte de los Balcanes*; el término, como en los casos anteriores, es utilizado en un sentido restringido, y no es posible hacerlo extensivo al Peloponeso.

San Isidoro de Sevilla, quien escribe en las primeras décadas del siglo VII —hacia el 615 ó 616<sup>123</sup>—, sostiene que, alrededor del año 610, “los eslavos quitaron *Grecia* a los romanos”<sup>124</sup>. Para el Hispalense, *Grecia* comprende “siete provincias: la primera, por el occidente, es Dalma-

115 Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 134, y *GRE* (n. 2), p. 214; Charanis, P., (n. 3), p. 151.

116 Theophanes, (n. 88), *A. M.* 6075 = *A. C.* 575 (col. 547 y s.). v. tb. Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 135, y *GRE* (n. 2), p. 215; Lemerle, P., (n. 50), pp. 11 y ss.

117 Malleros, F., *IMP* (n. 2), pp. 134 y s., y *GRE* (n. 2), pp. 215 y s. Cf. Charanis, P., (n. 3), p. 151.

118 Sic: Ἑλλάδα. *Hélade*: Gregorovius, F., (n. 11), p. 235; Lemerle, P., (n. 5), p. 303. *Grecia*: Bon, A., (n. 2), p. 36, n. 5.

119 *Epitomator Strabonis*. en: Müller, *Geogr. Gr. Min.*, II, p. 574, cit. en: Bon, A., (n. 2), p. 36, n. 6. Este fragm. tb. es cit. por: Finlay, G., (n.

6), p. 21; Gregorovius, F., (n. 11), p. 235; Lemerle, P. (n. 5), p. 303. Un resumen en: Musset, L., (n. 9), p. 142.

120 Juan de Biclar, (n. 82), col. 866.

121 *Ibid.*, col. 867.

122 *Ibid.*, col. 866.

123 Collins, R., (n. 80), p. 92.

124 Sancti Isidori Hispalensis *Chronicon*. LXX, *A. M.* 5814, en: *MPL*, t. LXXXIII, col. 1056. tb. cit. en: Bon, A., (n. 2), p. 36, n. 1; Lemerle, P., (n. 5), p. 303; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 135; Musset, L., (n. 9), p. 142; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 482; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 321, n. 9.

cia, Epiro, Helas, Tesalia, Macedonia, Acaia, y dos en el mar, Creta y las islas Cícladas. Con el nombre de *Iliria* se designa en general a toda *Grecia*<sup>125</sup>. Esto último significa que cuando Isidoro dice *Grecia*, no se refiere a *Iliria*, como pretende el profesor Malleros<sup>126</sup>, sino a la inversa. Según San Isidoro, *Helas* —ubicada entre Macedonia y Acaia— es la “verdadera *Grecia*, donde está la ciudad de Atenas”<sup>127</sup>, y tiene dos provincias: Beocia y *Peloponeso*<sup>128</sup>. En este caso, pues, no hay duda alguna del alcance geográfico que tiene la palabra *Grecia*: hacia el 610, entonces, los eslavos han ocupado toda la península balcánica —excepto Tracia, Mesia y Escitia Menor— incluida la península del Peloponeso. Entendido de esta forma, el pasaje en cuestión adquiere para nosotros la mayor relevancia. Queda, empero, un problema por resolver: la veracidad de San Isidoro. En efecto, ya que se encuentra tan alejado del lugar de los hechos, ¿hasta qué punto podemos confiar en sus palabras?

Desde el año 554, y hasta el 625, el Imperio Bizantino mantuvo una fuerte presencia —especialmente militar— en el sur y levante de la península Ibérica, región que se integró al Imperio como provincia con el nombre de *Spania*<sup>129</sup>. Sólo hacia 585-590 el reino visigodo de Toledo será capaz de detener, al menos, las aspiraciones expansionistas que habían llevado a los ejércitos bizantinos, incluso, a tomar, en dos oportunidades y por largo tiempo —primero entre 567 y 572, y luego entre 579 y 584— la ciudad de Córdoba, importante centro político y cultural de la península<sup>130</sup>; finalmente en el siglo VII, gracias a los esfuerzos de los reyes Sisebuto (612-621) y Suintila (621-631), los bizantinos serán expulsados de Hispania<sup>131</sup>. Frente a Bizancio los monarcas godos sostendrán una doble política: por una parte, desde el momento en que los bizantinos desembarcaron en la península, se intentará expulsarlos<sup>132</sup>; por otra, a pesar de tal rechazo, se estaba produciendo —incluso con anterioridad— una paulatina bizantinización de la monarquía goda, que ahora se verá acentuada<sup>133</sup>: “a la invasión guerrera había precedido la penetración pacífica”<sup>134</sup>. En efecto, entre los años 568 y 601, que corresponden a los reinados del arriano Leovigildo (568-586) y del católico Recaredo (586-601), el Imperio Bizantino es admirado como un modelo<sup>135</sup>: se imitan los usos del ceremonial palatino de la corte

125 Sancti Isidori Hispalensis *Etimologiarum*, XIV, 4, 7, en: *MPL*, t. LXXXII, col. 505. Hay trad. al español: San Isidoro, *Etimologías*, trad. de L. Cortés y Góngora, BAC, 1951, Madrid, p. 344.

126 Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 136.

127 San Isidoro, (n. 125), XIV, 4, 10 (col. 505; p. 345).

128 *Ibid.*, XIV, 4, 11 (col. 506; p. 345).

129 v. en general: Goubert, P., “Byzance et l’Espagne wisigothique (554-711)”, en: *Etudes Byzantines*, II, 1944, Bucarest, 1945, pp. 5-78; Malleros, F., *IMP* (n. 2), pp. 114-116; Sayas Abengochea-García Moreno, (n. 80), pp. 330 y ss.; Vasiliev, A., (n. 1), 137 y s.; Thompson, E. A., (n. 80), pp. 365 y ss.

130 Goubert, P., (n. 129), pp. 14 y 19; Thompson, E. A., (n. 80), pp. 367 y s.

131 v. Goubert, (n. 129), pp. 69 y ss.; Thompson, E. A., (n. 80), pp. 194 y 383. Como se puede apreciar, el período de la dominación bizantina coincide, prácticamente, con la vida de San Isidoro.

132 *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), pp. xxiii y ss.

133 v. Goubert, P., (n. 129), p. 15.

134 *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), p. 445; Musset, L., (n. 27), p. 214.

135 Lacarra, J. M., “La península Ibérica del siglo VII al X: Centros y vías de irradiación de la civilización”, en: *SSS*, vol. XI: *Centri e vie di irradiazione della civiltà nell’Alto Medioevo*, 1964, p. 237.

de Constantinopla; el monarca adopta el uso del trono y de ornamentos reales —corona, vestidos—, según el modelo imperial, al tiempo que se crea la institución de los Césares —corregentes— y se adopta el título de *Flavius*; se busca la uniformidad religiosa; se construyen edificios que siguen los patrones de la arquitectura bizantina...<sup>136</sup>. No se trata sólo de una *bizantinización* sino, en palabras de García Moreno, de una verdadera “imperialización” de la monarquía goda<sup>137</sup>

Durante todo el siglo VI y parte del VII, en fin, hubo una estrecha relación hispano-bizantina, a través del comercio, del trasiego del clero y de la correspondencia<sup>138</sup>. Juan de Biclar, de quien ya nos ocupamos líneas atrás, no fue el único peninsular que viajó a Oriente: en el 580, Liciniano, obispo de Cartagena, se encuentra de visita en Constantinopla, donde murió<sup>139</sup>; entre 579 y 586, Leandro, obispo de Sevilla y hermano mayor de San Isidoro, habría realizado un viaje a la capital del Imperio<sup>140</sup>. Allí conoció a San Gregorio Magno, quien le obsequió su *Expositio in Librum Job*, que Leandro llevó consigo en su viaje de regreso a Hispania<sup>141</sup>. Tratándose de un helenista que estuvo en estrecho contacto con la intelectualidad bizantina —Juan el Ayudador, patriarca de Constantinopla, le dedicó uno de sus escritos—<sup>142</sup>, debemos suponer que, al volver a su tierra, Leandro llevaba además otros manuscritos, alguno quizá de historiadores bizantinos, que Isidoro pudo consultar integrando a su *Crónica* los hechos allí relatados. Además, no es difícil imaginarse a Isidoro, a poco de recibir a su hermano tras el largo viaje, interrogándolo acerca de lo que sucedía a la sazón en Oriente.

Por otra parte, a mediados del siglo VI, y como consecuencia de la guerra bizantino-vándala,

- 136** Extendernos en la explicación de este interesante problema nos alejaría demasiado de nuestro objetivo. Para mayores precisiones véase: Aguado Bleye, P., (n. 80), p. 382; Collins, R., (n. 80), p. 71; Fontaine, J., “Conversion...”, (n. 80) p. 102; Goubert, P., (n. 129), pp. 15, 49 y ss.; Hillgarth, J. N., (n. 80), p. 270; *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), pp. 276 y 444 y ss.; Lacarra, J. M., (n. 80), pp. 334-339; Lacarra, J. M., (n. 135), p. 235; Pertusi, A., “Bisanzio e l’irradiazione della sua civiltà in Occidente nell’Alto Medioevo”, en SSS, vol. XI, (n. 135), p. 127; Sayas Abengochea-García Moreno, (n. 80), pp. 309, 318 y s., 325, 329 y s.; Thompson, E. A., (n. 80), p. 128.
- 137** Sayas Abengochea-García Moreno, (n. 80), pp. 311 y s.
- 138** Thompson, E. A., (n. 80), p. 37.
- 139** Fontaine, J., “Fins...” (n. 80), p. 158; Fontaine, J., “Conversion...”, (n. 80), pp. 99 y 101; Goubert, P., (n. 129), p. 27; *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), p. 448; Lacarra, J. M. (n. 135), p. 334; Thompson, E. A., (n. 80), pp. 35 y 38.
- 140** Aguado Bleye, P., (n. 80), p. 378; Collins, R., (n. 80), pp. 68, 69 y 84; Fontaine, J., “Fins...”, (n. 80), p. 158; Fontaine, J., “Conversion...”, (n. 80), pp. 100 y s.; Goubert, P., (n. 129), pp. 26 y ss.; Hillgarth, J. N., (n. 80), p. 270; *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), pp. XXVI y 450; Lacarra, J. M., (n. 135), p. 242; Lacarra, J. M., (n. 80), p. 334; Musset, L., (n. 27), p. 214; Orlandis, J., “Gregorio Magno y la España visigodo-bizantina”, en: *Estudios en homenaje a don Claudio Sánchez-Albornoz en sus noventa años*, Instituto de Historia de España, 1983, B. Aires, vol. I, p. 331; Thompson, E. A., (n. 80), pp. 34, 38 y 82.
- 141** *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), p. xxvii.
- 142** *Ibid.*, p. 451. No se sabe con certeza si San Leandro conocía el griego: según Hillgarth, J. N., (n. 80), p. 270, n. 34, gracias a su estancia en Constantinopla, Leandro no sólo se familiarizó con la cultura bizantina, sino, incluso habría podido leer el griego; Lacarra, J. M., (n. 135), p. 242, por su parte, sostiene que no hay indicios que permitan afirmar tal cosa.

comenzó un movimiento migratorio desde el norte de África hacia la península Ibérica. Buscando un lugar seguro para vivir, muchos africanos se instalaron en el reino visigodo o en la *Spania* bizantina. En época del rey Leovigildo llegó a Mérida el abad Nunctus<sup>143</sup>; hacia 570, Donato —junto a setenta monjes y llevando consigo una rica biblioteca— llegó a la península para radicarse en el levante, donde fundó el monasterio de Servitanum<sup>144</sup>. Esta corriente migratoria africana debió ser ininterrumpida después de las persecuciones vándalas y hasta el 698, cuando Carthago cae en manos musulmanas<sup>145</sup>. En efecto, los dos casos mencionados son sólo un ejemplo de un movimiento más amplio: las relaciones intelectuales del reino visigodo con el África y el Oriente bizantinos<sup>146</sup>, que explican no sólo el auge cultural de fines del siglo VI y comienzos del VII<sup>147</sup>, sino, también, prerenacimientos literarios en la periferia del reino de Toledo, sobre todo en las costas, entre 550 y 560<sup>148</sup>.

Durante la época que nos ocupa el reino godo hispano sostuvo un activo comercio con Grecia y Asia Menor, actividad que estaba en manos de sirios, judíos y griegos, muchos de ellos peninsulares<sup>149</sup>; sus naves, remontando los ríos, llegaban hasta Mérida, siguiendo el curso del Guadiana, a Córdoba y Sevilla por el Betis o a Zaragoza por el Ebro<sup>150</sup>. Estas ciudades, junto a Toledo, constituyeron el centro de la vida intelectual del reino visigodo<sup>151</sup>, lo que demuestra que las vías comerciales eran también vías de difusión cultural, y no hay que olvidar que, entre los diversos productos destinados al intercambio comercial —la seda, por ejemplo<sup>152</sup>— se contaban también los manuscritos<sup>153</sup>. Cada navegante, además, puede constituirse en una rica fuente de información acerca de la situación política y económica del Mediterráneo oriental.

En el año 1698 se descubrió en el claustro de Santa María de las Mercedes, en Cartagena, la siguiente inscripción:

- 143** *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), p. 444; Lacarra, J. M., (n. 135), p. 239; Lacarra, J. M., (n. 80), p. 334; Thompson, E. A., (n. 80), pp. 36, 99.
- 144** Juan de Biclar, (n. 82), col. 864. Díaz y Díaz, M., "La cultura en la España visigótica del siglo VII", en: SSS, vol. v: *Caratteri del secolo VII in Occidente*, 1958, tomo II, p. 814; Fontaine, J., "Fins...", (n. 80), p. 165; Fontaine, J., "Conversion...", (n. 80), p. 96; *Historia de España*, dir. por R. Menéndez Pidal, (n. 80), p. 444; Lacarra, J. M., (n. 135), p. 239; Lacarra, J. M., (n. 80), p. 334; Thompson, E. A., (n. 80), p. 36.
- 145** Fontaine, J., "Fins...", (n. 80), p. 165, n. 33; Lacarra, J. M., (n. 135), p. 239.
- 146** Fontaine, J., "Conversion...", (n. 80), pp. 94-96; Fontaine, J., "Fins...", (n. 80), p. 165, n. 33; Lacarra, J. M., (n. 135), p. 240.
- 147** Id.
- 148** Fontaine, J., "Conversion...", (n. 80), p. 94.
- 149** v. Díaz y Díaz, M., (n. 144), p. 841; *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), pp. 171, 444; Lacarra, J. M., (n. 80), pp. 334 y s.; Musset, L., (n. 27), p. 214; Pirenne, H., *Mahoma y Carlomagno*, trad. de E. Benítez, Alianza, Tercera edición, 1981 (1937), Madrid, pp. 67 y ss.; Sayas Abengochea-García Moreno, (n. 80), pp. 388 y s.; Thompson, E. A., (n. 80), pp. 35 y ss.
- 150** *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), p. 445; Fontaine, J., "Conversion..." (n. 80), p. 107.
- 151** *Historia de España*, dir. por R. Menéndez Pidal, (n. 80), p. 445.
- 152** Massona (571-606), obispo de Mérida, al ir a celebrar la misa de Pascua se hacía acompañar por un grupo de niños vestidos de seda, "y la seda, en esta época, sólo podía llegar desde Bizancio". Lacarra, J. M., (n. 80), p. 339.
- 153** Fontaine, J., "Conversion...", (n. 80), p. 96.

*Comenciolus sic haec jussit patricius  
missus a Mauricio Aug. contra hostes barbaros  
magnus virtute magister mil (itum) Spaniae*<sup>154</sup>.

Según parece, hacia 589, el patricio Comenzíolo fue enviado por orden del emperador Mauricio, como *Magister Militum* de la provincia de *Spania*<sup>155</sup>. Sin embargo, no se ha comprobado que se trate de este alto funcionario bizantino —el mismo que nombra la *Crónica de Monemvasía*— o, como indica Goubert, de *Comitiolus*, duque de Málaga<sup>156</sup>. J. Orlandis, analizando este problema, hace notar que, entre 588 y 600, no se sabe de ninguna actividad pública del patricio Comenziolo en territorio oriental, lo que coincidiría con su estadía en la península Ibérica<sup>157</sup>, y añade que “si se atiende a los datos cronológicos, no sería imposible que se tratara de una misma persona y que la diferencia de nombre obedezca tan sólo a un error de transcripción”<sup>158</sup>. Si la inscripción, entonces, alude al patricio bizantino —y esto parece lo más verosímil— podemos pensar que tal vez Isidoro de Sevilla recibió noticias —directa o indirectamente— acerca de lo que ocurría en los Balcanes, de parte de un protagonista de los hechos.

Resumiendo, tenemos que San Isidoro pudo informarse acerca de lo que sucedía en Oriente, a fines del siglo VI y comienzos del VII, a través del testimonio de viajeros —entre éstos, su hermano—, navegantes y comerciantes, leyendo manuscritos que ellos mismos llevaban de un extremo a otro del Mediterráneo<sup>159</sup>, o, finalmente, por medio de un funcionario bizantino. Todas estas evidencias nos conducen a una sola conclusión: la *Crónica* del Hispalense es veraz y confiable y, a la vez, la *única* fuente, latina o griega, y anterior a la *Crónica de Monemvasía*, que hace referencia *más o menos clara* a la eslavización del Peloponeso.

Del análisis precedente se desprende que el término *Hélade*, o *Grecia* —en el caso de los cronistas latinos—, no asume siempre el mismo significado en extensión geográfica: Teophanes, Evagrio, Juan de Efeso, Menandro y Juan de Biclar hacen alusión al norte de los Balcanes; el Compendiador de Estrabón a la Grecia central, excluido el Peloponeso; San Isidoro, el caso más seguro, incluye en tal denominación al Peloponeso, provincia de Helas. Las fuentes, lejos de

154 Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Christianae*, p. 57, número 176, cit. en: Goubert, P., (n. 129), p. 64; Thompson, E. A., (n. 80), p. 443, n. 1. Trad. española en: *Textos y documentos de Historia Antigua, Media y Moderna hasta el siglo XVII*, selección de L. García Moreno et al., vol. XI de la *Historia de España* dirigida por M. Tuñón de Lara, Labor, 1984, Barcelona, pp. 179 y s.

155 v. Bréhier, L., (n. 49), p. 37 y n. 193; *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, (n. 80), p. 97; Lacarra, J. M., (n. 135), p. 237; Lacarra, J. M., (n. 80), p. 341; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 114; Sayas Abengochea-García Moreno, (n. 80), p. 327; Thompson, E. A., (n. 80), p. 379.

156 Goubert, P., (n. 129), p. 65.

157 Orlandis, J., (n. 140), p. 343.

158 *Ibid.*, p. 342.

159 Pero, ¿conocía San Isidoro el griego? Las opiniones de los estudiosos son contradictorias: Aguado Bleye, P., (n. 80), p. 376, afirma que el clero hispano, en general, conocía el griego. Lacarra, J. M., (n. 135), p. 242, habla del “escaso conocimiento del griego que tuvieron los grandes escritores de la España visigoda”. Dfáz y Dfáz, M., (n. 144), pp. 841 y s., opinión que comparte Hillgarth, J. N., (n. 80), p. 310, n. 202, sostiene que, si se acepta que San Isidoro conocía esta lengua, este conocimiento no podía ser más que superficial, y concluye diciendo que “cuanto se afirme del conocimiento *!..!* de griego por parte de nuestros autores, no puede pasar de una conjetura más o menos revisable”.



aclarar el problema, lo dejan en la penumbra. Fallmerayer pecó de simplista al atribuir, en todos estos escritos, el mismo significado a la palabra *Hélade*<sup>160</sup>

Respecto de la *Crónica de Monemvasía*, proponemos dos posibilidades: primero, que *toda la Hélade* se refiere a una provincia limitada en el oeste por el Epiro Viejo, al sur por el Atica y al este por Eubea; segundo, que con tal expresión se hace alusión, como dice Dujčev<sup>161</sup>, a la Grecia continental, especificándose luego cuáles son las provincias que conforman la *Hélade*. La siguiente afirmación del cronista —“expandiéndose también... en el Peloponeso”<sup>162</sup>— nos induce a creer que esta península no forma parte de la *Hélade*, pues, si así fuese, quedaría incluida en la frase anterior. Según Antoine Bon, el término *Hélade* podría designar solamente la región septentrional de los Balcanes, o la Grecia central de un sentido amplio<sup>163</sup>. Según Lemerle, “el cronista, cuando enumera Tesalia, Epiro Viejo, y Hélade, entiende el conjunto de la Grecia peninsular. Cuando habla del Atica, Eubea y el Peloponeso, no se trata ya de provincias, administrativamente hablando, sino, al interior de la ‘Hélade’, de regiones geográfico-históricas de nombres evocadores. Sin reabrir aquí la vieja disputa sobre los diferentes usos del término *Hélade*, recordemos que Charanis ha demostrado que éste designa, en oposición explícita o implícita con Illyricum, en sentido restringido, aquello que se encuentra al sur de las Termópilas, y comprende ordinariamente el Peloponeso”<sup>164</sup>. En fin, no podemos concluir nada seguro sobre la expresión *toda la Hélade*; es claro, no obstante, que la *única* fuente que nos habla *explícita y específicamente* de la eslavización del Peloponeso es la *Crónica de Monemvasía*.

\* \* \*

Según el cronista, el impacto demográfico producto de la inmigración eslava en el Peloponeso adquirió proporciones considerablemente dramáticas<sup>165</sup>. Sin embargo, en ningún caso podemos atribuir a la *Crónica* un valor absoluto en sí misma, ya que no nos dice que *toda* la península haya quedado despoblada; sólo nos informa que una parte de la población —“noble y helénica”— fue expulsada o destruida<sup>166</sup>. Pensar en una deshelenización *total* del Peloponeso es exagerar los términos y forzar las palabras del cronista.

En cuanto a la diáspora de la población helénica, existen buenas razones para confiar en la veracidad de la fuente, aun cuando —aparte del caso de la población de Patras, confirmado por el *Escolio de Aretas de Cesárea*, redactado hacia el año 932<sup>167</sup>— no existen fuentes que

160 v. Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 135.

161 v. Dujčev, I., (n. 3), p. 13, n. 40.

162 *Crón. de Mon.*, 40.

163 Bon, A., (n. 2), p. 32.

164 Lemerle, P., (n. 50), p. 13, quien cita a: Charanis, P., “Hellas in the greek sources of the VI, VII and VIII centuries”, en: *Late classical and medieval studies in honor of A. M. Friend Jr.*, 1955, pp. 161-176, artículo que no hemos podido consultar. Según Bon, A., (n. 2), p. 29, n. 2, “la imprecisión en el empleo de los nombres geográficos es corriente en esta época”.

165 v. *Crón. de Mon.*, 41-53.

166 A estas alturas se llega uno a preguntar si Fallmerayer leyó realmente *toda la Crónica*, o sólo aquellos fragmentos que él quería leer...

167 El *Escolio de Aretas*, hallado en las márgenes del *Manuscrito de Moscú-Dresden* que contiene la breve *Crónica* del patriarca Nicéforo, y cuya relación con la *Crónica de Monemvasía* es evidente, ha sido editado por: Charanis, P., (n. 3), p. 152, en griego, y pp. 152 y s., en inglés; Dujčev, I., (n. 3), pp. 12-18, en griego, y 24 y s., en italiano (versión en la cual nos hemos apoyado para la traducción que a con-

corrobores las palabras del cronista<sup>168</sup>. Es por ello que, como reconoce Charanis, la migración helénica debe ser analizada con precaución, o negarla totalmente<sup>169</sup>. La población del sur de Italia y Sicilia —hacia donde huyen patrenses y lacedemonios<sup>170</sup>—, posee hacia el año 600 un considerable componente latino; cincuenta años más tarde llegará a ser completamente griega, en lenguaje, rito y cultura. Este hecho se explica por la migración de griegos de Siria y Egipto, que huyen de árabes y persas, y, seguramente, también de peloponenses y otros griegos de las zonas más afectadas por la marea eslava<sup>171</sup>. Reggio Calabria y Demenna son lugares bien conocidos, y de una densa población griega en aquella época. Además, los hechos coinciden con una etapa crítica en todo el imperio para la ciudad bizantina, a mediados del siglo VII, y que se caracteriza por migraciones, abandono y despoblamiento de los centros urbanos, y depresión económica<sup>172</sup>. No se puede, pues, negar la posibilidad real de que griegos del Peloponeso hayan

tinuación presentamos); Lemerle, P., (n. 50), p. 26, en francés. Sobre Aretas de Patras (o de Cesárea), v. Lamerle, P., *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au X<sup>e</sup> siècle*, P.U.F., 1971, Paris, Cap. VIII, pp. 205-241, esp. pp. 229-230; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 231; referencias generales tb. en: Dain, A., "La transmission des textes littéraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète", en: *DOP*, 8, 1954, p. 42. El texto, íntegro, es el siguiente:

1 "En el cuarto año del reinado de Nicéforo I, la población de Patras en el Peloponeso, mi tierra natal, se trasladó desde la ciudad de Reggio Calabria a su ciudad de origen,  
5 Patras. Esta población, por tanto, había sido expulsada o, mejor dicho, se había trasladado, a causa de los eslavos, que por las armas habían asaltado Tesalia Primera y Segunda, como también la región de  
10 Ainos, las dos regiones de Lócrida, aquella de los Epicnemidios, y aquella de los Ozolios, como también el Epiro Antiguo, el Atica, Eubea y el Peloponeso. Después de haber expulsado y masacrado a la población nativa griega, los eslavos se habían establecido allí, desde el sexto año  
15 del reinado de Mauricio, hasta el cuarto año del de Nicéforo. Después que la parte oriental del Peloponeso, desde Corinto  
20 hasta el Cabo Malea, fue liberada de la ocupación del pueblo eslavo, en ese entonces fue enviado al Peloponeso un estratega, oriundo de los estrategas de la

Pequeña Armenia, de la familia de los así llamados Skleros. Éste, entrando en batalla, con las armas y contra el pueblo de los eslavos, los venció y aniquiló completamente y así permitió a los antiguos habitantes recuperar la posesión de su tierra natal. El emperador mencionado, informándose acerca de la región en la cual habitaba este pueblo, con una orden suya lo restableció en su sede primitiva y concedió a Patras, que primero era un arzobispado, los derechos de Metrópolis".

25 168 v. Bon, A., (n. 2), pp. 34 y s.; Charanis, P., (n. 3), pp. 151 y ss.; Lemerle, P., (n. 50), pp. 14 y 21.

169 Charanis, P., (n. 3), p. 151.

170 *Crón de Mon.*, 43-44 y 45-49, respectivamente.

171 Charanis, P., (n. 2), pp. 41 y s.

172 v. *ibíd.*, *passim*; Zakythinós, D., "La ville byzantine", en: *Diskussionsbeiträge zum XI Internationalen Byzantinisten Kongress*, 1958, München, ahora en: Zakythinós, D., *Byzance: Etat-Société-Economie*, (n. 58), p. 82. Según Ostrogorsky, G., "Byzantine cities in the early Middle Ages", en: *DOP*, 13, 1959, pp. 45-66, en los siglos VII y VIII se fundaron nuevas ciudades en el Imperio y se remozaron las antiguas; por tanto, no es cierto que en la temprana Edad Media bizantina haya estado en decadencia o a punto de desaparecer la vida urbana.

emigrado a la otrora Magna Grecia, donde había compatriotas establecidos desde antiguo. Según P. Charanis, no se puede discutir la cuestión de la helenización del sur de Italia y Sicilia, sin hacer alguna referencia a los peloponenses<sup>173</sup>. Si en este caso la *Crónica* es veraz, lo debe ser también en los otros: la migración desde Argos a la isla de Orobi, y desde Corinto a Egina<sup>174</sup>. Hay que admitir, como reconoce D. Zakythinós, la corriente de migración hacia las islas<sup>175</sup>. La costumbre de huir hacia la costa, a zonas escarpadas<sup>176</sup>, o hacia las islas, en busca de seguridad frente a las acometidas bárbaras, era ya secular en los Balcanes; así aconteció cuando invadieron la península godos y hunos<sup>177</sup>. La *Crónica*, una vez más, parece ajustarse fielmente a la realidad histórica.

Es necesario destacar que en ningún momento el cronista pretende —para desgracia de Fallmerayer— que *toda* la población helénica haya abandonado el Peloponeso, ya que se hace referencia *sólo* a cuatro casos bien específicos (Patras, Argos, Corinto y Lacedemonia); además, se nos informa que algunos griegos, en la costa, fundaron Monemvasía, mientras que otros se establecieron en zonas escarpadas e inaccesibles, para mantenerse al margen de la invasión eslava. Y esto es suficiente para demostrar que la *Crónica* no puede ser esgrimida como prueba de la “aniquilación” de la población helénica de esta región.

\* \* \*

El último problema que plantea esta segunda parte de la fuente dice relación con los doscientos dieciocho años que los ávaros (=eslavos) permanecieron instalados en el Peloponeso, al margen de la dominación bizantina<sup>178</sup>. La presencia de tribus eslavas en el período comprendido entre fines del siglo VI y principios del IX no puede ser negada: las palabras del Compendiador de Estrabón son bastante claras<sup>179</sup>; san Willibaldo, que entre los años 723 y 728 peregrinó a Tierra Santa, dice que llegó “hasta la ciudad de Monemvasía, en tierra eslava”<sup>180</sup>, —según F. Gregorovius, se trata en este caso de un testimonio al cual “no se le puede conceder gran importancia”, aunque “tampoco puede rechazarse esta denominación (tierra eslava) como absolutamente injustificada”<sup>181</sup>—. No obstante, aunque en ambas fuentes se habla de una presencia eslava hacia el siglo VIII, ninguna —y no hay otras anteriores a la *Crónica* para el estudio de este problema— hace alusión al año 587 ó 588 como fecha de inicio de la marea eslava. La verdad es que se trata de una fecha “sospechosamente” precisa<sup>182</sup>; debe pensarse en una “infiltración progresiva, más que en una conquista en fecha precisa. Antes del fin del siglo VII parece difícil hablar de una eslavización de la mayor parte del Peloponeso”<sup>183</sup>, lo cual no significa que no haya habido presencia eslava en fechas anteriores. Sabemos que hacia el año 623 los eslavos desem-

173 Charanis, P., (n. 3), p. 163.

174 *Crón. de Mon.*, 44-45.

175 Zakythinós, D., (n. 42), p. 23; Lemerle, P., (n. 50), p. 36 y s. v. tb. Vacalópoulos, A., (n. 49), p. 4.

176 v. *Crón. de Mon.*, 49-53.

177 Zakythinós, D., (n. 172), p. 80.

178 v. *Crón. de Mon.*, 54-58.

179 v. n. 119, *supra*.

180 *Vita sancti Willibaldi ep.*, en: *MGH, SS*, xv, cit. en: Bon, A., (n. 2), p. 36, n. 6. Tb. en:

Dujčev, I., (n. 3), p. xxxv; Finlay, G., (n. 6), p. 15, n. 4; Gregorovius, F., (n. 11), p. 235; Lemerle, P., (n. 5), p. 303; Musset, L., (n. 9), p. 142; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 488, n. 4; Pertusi, A., (n. 136), pp. 77 y 86. Acerca de la peregrinación de San Willibaldo, v. Rous-sel, R., *Les pèlerinages à travers les siècles*, Payot, 1954, Paris, p. 33.

181 Gregorovius, F., (n. 11), p. 235.

182 Lemerle, P., (n. 50), p. 34.

183 *Ibid.*, p. 35. Cf. Bon, A., (n. 2), p. 37.

barcaron en Creta, y es evidente que tienen que haberse hecho a la mar en las costas del sur del Peloponeso, ya que desde las islas más cercanas la travesía habría sido demasiado larga para los débiles *monoxylos*<sup>184</sup>, según D. Obolensky, una fecha probable para la eslavización del Peloponeso sería el año 617<sup>185</sup>. El cronista pudo haber confiado en fuentes anteriores, como la *Historia Eclesiástica* de Evagrius, por ejemplo, que mencionan a los eslavos en los Balcanes en fechas más tempranas; también podría haber estado informado acerca de que los bárbaros, hacia el año 585, habían llegado ya hasta Corinto<sup>186</sup>. En fin, es claro que a principios del siglo VII los eslavos ya están en el Peloponeso, y esta fecha es muy cercana a la proporcionada por la *Crónica*. Empero, la eslavización de la península ocurrirá más tarde.

Entre los años 746 y 747 el Imperio Bizantino fue azotado por el flagelo de la peste bubónica<sup>187</sup> que, llegando por Monemvasía<sup>188</sup>, se extendió por toda la península balcánica, hasta Constantinopla<sup>189</sup>, regiones que se despoblaron espantosamente<sup>190</sup>. La despoblación producto de la peste habría sido seguida de una nueva y considerable penetración eslava, que afectó no sólo al Peloponeso, sino también a la Grecia central<sup>191</sup>. Para Fallmerayer la peste fue el *coup de grâce* que terminó de diezmar a la población helénica de los Balcanes<sup>192</sup>: la confirmación de tal idea estaría en unas palabras de Constantino Porfirogénito (c. 950), quien afirma que, pasada la gran peste, “todo el territorio fue eslavizado y se hizo bárbaro”<sup>193</sup>. La autoridad de Porfirogénito, humanista que no sólo protegió a los intelectuales, sino que él mismo fue un prolífico escritor<sup>194</sup>, no parece cuestionable; pero debemos considerar que, escribiendo dos siglos después de los hechos, pudo tender a exagerar la situación. Sin embargo, el problema no es del letrado emperador, sino del prejuiciado alemán: Constantino se refiere *únicamente* al *thema* o provincia del Peloponeso, y no es posible hacer extensivas sus palabras al conjunto de los Balcanes<sup>195</sup>. Ahora bien, la gran controversia se ha centrado en torno a la palabra *ēsthlabōthē* (sic: Ἐσθαβώθη), que, según la posición que se asuma, ha sido traducida como *eslavizado* o *esclavizado*<sup>196</sup>. Nos parece que hay razones fundadas para aceptar una u otra interpretación.

Vasiliev nos informa que el término en cuestión es inusitado<sup>197</sup>; si esto significa que Constantino acuñó un neologismo, tenemos que admitir, necesariamente, que su intención era

184 v. *Ibíd.*, p. 35; Dvornik, (n. 16), p. 47; Jenkins, R., (n. 35), p. 13; Musset, L., (n. 9), p. 38; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 79.

185 Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 481.

186 Lemerle, P., (n. 50), p. 34.

187 v. Bon, A., (n. 2), p. 42; Finlay, G., (n. 6), p. 16; Gregorovius, F., (n. 11), p. 234; Jenkins, R., (n. 35), p. 69; Malleros, F., *IMP* (n. 2), pp. 186 y s.; Vacalópoulos, A., (n. 49), p. 2.

188 Bon, A., (n. 2), p. 42.

189 *Íd.*

190 *Íd.*; Gregorovius, F., (n. 11), p. 234.

191 Bon, A., (n. 2), p. 42; Finlay, G., (n. 6), p. 16.

192 v. Vasiliev, A., (n. 1), p. 178.

193 Constantini Imp. Porphyrogeneti *De Thematibus*, II, 6, en: *MPG*, CXIII, col. 125. *Tb. cit.*

en: Bon, A., (n. 2), pp. 29 y 36, n. 4; Finlay, G., (n. 6), pp. 16 y s., 17, n. 1; Gregorovius, F., (n. 11), p. 234; Heers, J., (n. 15), p. 70; Lemerle, P., (n. 5), p. 304; Lemerle, P., (n. 50), p. 27; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 187; Musset, L., (n. 9), p. 142; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), pp. 80 y s.; Vasiliev, A., (n. 1), p. 178; Vasiliev, A., (n. 8), p. 304; Vlasto, A. P. (n. 19), pp. 7 y 321, n. 12.

194 Paul Lemerle, (n. 167), dedica un capítulo completo a la vida y obra del Porfirogéneta, v. esp. pp. 297-299; Malleros, F., *IMP* (n. 2), pp. 241 y ss.

195 Vasiliev, A., (n. 8), p. 304.

196 v. bibliografía en n. 193, *supra*.

197 Vasiliev, A., (n. 1), p. 178, n. 133.

expresar algo muy preciso. En *De Administrando Imperio*<sup>198</sup> el Porfirogénito demuestra conocer tres palabras para referirse a los esclavos: *ajmalδsías* (sic: αἰχμαλωσίας)<sup>199</sup>, que R. Jenkins traduce como “cautivo”, “prisionero” o “esclavo”; la palabra designa al prisionero de guerra que pasa a ser esclavo del vencedor, el equivalente del latín *servus*. En segundo lugar, *andrapòdismòus* (sic: ἀνδραποδισμός)<sup>200</sup>, según Jenkins “esclavitud”, y cuyo sentido estricto dice relación con el hombre libre —tal vez también un prisionero de guerra<sup>201</sup>— que es vendido como esclavo. Finalmente, *dóúlos* (sic: δοῦλος)<sup>202</sup>, la palabra más corriente para designar al “esclavo” o a la “servidumbre”.

Si Constantino conoce las tres palabras citadas, parece evidente que en *De Thematibus* quiso decir esclavizar, pero no se refería, naturalmente, a proporciones de sangre<sup>203</sup>, sino a la *dominación* que en aquel tiempo ejercían los eslavos en territorio griego. Pero, ¿no es ello, de alguna manera, esclavizar? Así, pues, podemos hablar de *eslavizar* en un sentido más bien restringido: un pueblo invasor que irrumpe sobre otro y no sólo se mezcla con él, sino que también ejerce algún tipo de dominación; o de *esclavizar*, en un sentido más bien amplio, en cuanto al dominio que los eslavos ejercieron durante doscientos dieciocho años, según la *Crónica*, en el Peloponneso<sup>204</sup>. Por otra parte, lo que demuestra que la población balcánica no fue totalmente diezmada por la peste, en el año 755 el emperador Constantino Coprónimo (740-775) hizo repoblar Constantinopla —cuya población había sufrido los embates de la epidemia— con griegos peninsulares e insulares —aunque no está claro si los peloponenses tomaron parte de este proceso—<sup>205</sup>

Otro hito para esta segunda etapa de penetración eslava lo constituye el año 783. En tal fecha la emperatriz Irene envió una expedición a la Grecia central, a la cabeza de la cual iba el patricio Stauracio, con el objeto de someter a los eslavos a la autoridad bizantina. La expedición recorrió

198 Constantine Porphyrogenitus, *De Administrando Imperio*. greek text, edited by G. Moravcsik, english transl. by R. Jenkins, 1949, Budapest, vol. I (en 1962, en Londres, The Athlone Press, se publicó el vol. II, un detallado comentario de la fuente, a cargo de F. Dvornik, R. Jenkins, B. Lewis, G. Moravcsik, D. Obolensky y S. Runciman).

199 v. *Ibíd.*, caps. XXIX, 21, 116; xxx, 28, 30; xxxiii, 7; xxxv, 6, 7; xlv, 135; liii, 116.

200 v. *Ibíd.*, iv, 11, 12; L, 8.

201 Tal es el significado atribuido por Oikonomides, N., “Silk trade and production in Byzantium from the sixth to the ninth century: the seals of kommerkiarioi”, en: *DOP*, 40, 1986, Appendix 2: “A giant sale of slaves in 694/95”, pp. 51-53, esp. p. 53.

202 v. Constantino Porfirogénito, (n. 198), caps. VI, 4, 7, 12; viii, 20; xiii, 27, 166; xxi, 6; xxii, 13; xxv, 53; xxviii, 25, 115, 179, 185; xxx, 132; xxxi, 59; xxxii, 12, 13, 16, 37, 79, 86, 116, 143, 147; xxxiv, 18; xliii, 115; xliv, 46, 110, 123; xlv, 112, 141, 151, 157; xlvi, 69,

81, 132; xlviii, 6; xlix, 2; L, 32, 204; LI, 61, 63. Véase para los tres términos, y todos sus derivados aquí citados, Lidell-Scott, *A Greek English Lexicon*, At the Clarendon Press, Eighth ed., 1901, Oxford, s. v.

203 Vlasto, A. P., (n. 19), p. 7.

204 Argumentos similares ha propuesto Bon, A., (n. 2), p. 29, n. 1: “On peut se demander si la discussion offre un intérêt réel, car si l'on devait admettre l'interprétation d'après laquelle les grecs étaient esclaves et non eslavisés, il faudrait encore reconnaître que leur pays subissait une domination étrangère, et qui seraient ces étrangères sinon les slaves?”.

205 v. Andréades, A. M., “The economic life of the Byzantine Empire: Population, Agriculture, Industry, Commerce”, en: Baynes, N., and Moss, H. St. L. B., *Byzantium. An Introduction to East Roman Empire*, At the Clarendon Press, 1962 (1948), Oxford, p. 52; Bon, A., (n. 2), p. 42; Gregorovius, F., (n. 11), p. 234; Malleros, F., *IMP* (n. 2), pp. 186 y s.

victoriosamente la Grecia central y el Atica, alcanzando hasta el Peloponeso, donde se realizaron algunas incursiones, tomándose prisioneros y botín, pero sin someter a los eslavos allí instalados. En 784 Stauracio estaba ya de vuelta en la capital, lo que demuestra que fue una acción más bien punitiva que un intento por establecer una sede de gobierno permanente en el Peloponeso<sup>206</sup>

La eslavización del Peloponeso, en resumen, comprendería dos grandes etapas: la primera, caracterizada por invasiones intermitentes y asentamientos escasos y poco densos, hay que situarla temporalmente entre fines del siglo VI y comienzos del VIII; a partir de este siglo y hasta principios del siguiente, la segunda etapa, es posible hablar de una penetración a gran escala, es decir, un período de real eslavización. Aunque sólo dos fuentes, el *Escolio de Aretas*<sup>207</sup> y la *Carta sinodial* del patriarca Nicolás III<sup>208</sup> —ambas posteriores a la *Crónica de Monemvasía*<sup>209</sup> hacen mención de los doscientos dieciocho años de ocupación bárbara, existe consenso entre los investigadores en cuanto a que la mayor parte de la península del Peloponeso se mantuvo al margen de la dominación bizantina, y en manos eslavas, por dos siglos aproximadamente<sup>210</sup>. Aunque la arqueología no ha aportado pruebas materiales indiscutibles de la presencia eslava, sí ha revelado que, entre los siglos VI y IX, el Peloponeso sufrió profundas transformaciones<sup>211</sup>; los estudios numismáticos demuestran claramente que entre los años 578 y 811 el comercio entre Bizancio y la península disminuyó considerablemente, tal como se puede apreciar en el siguiente cuadro que considera el número de monedas halladas en excavaciones efectuadas en Corinto<sup>212</sup>:

**206** v. Teophanes, (n. 88), *A. M.* 6275 y 6276 = *A. C.* 775 y 776 (col. 921 y s.); Anastos, M. V., (n. 14), p. 83; Bon, A., (n. 2), p. 42; Dvornik, F., (n. 16), p. 110; Finlay, G., (n. 6), pp. 17 y s.; Gregorovius, F., (n. 11), p. 242; Jenkins, R., (n. 35), p. 92; Lemerle, P., (n. 50), pp. 28 y s.; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 191; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 489; Ostrogorsky, G., (n. 45), p. 170; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 9; Zakythinós, D., (n. 42), p. 25.

**207** *Escolio de Aretas*, (n. 167), 16-18.

**208** v. *Synodialis epistola sanctissimi et universalis patriarchae, domini Nicolai, ad piissimum imperatorem Alexius Comnenum*, en: *MPG*, t. CXIX, col. 880. Tb. cit. en: Bon, A., (n. 2), p. 32, n. 2, texto bilingüe griego-francés; Charanis, P., (n. 3), p. 149, n. 37, texto griego; Finlay, G., (n. 6), p. 13; Gregorovius, F., (n. 11), p. 221; Lemerle, P., (n. 5), p. 303; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 322, n. 15.

**209** Es posible que tanto la *Crónica de Monemvasía* como el *Escolio de Aretas* tengan como origen una fuente común hoy perdida; al respecto, v. Bon, A., (n. 2), pp. 32 y s.; Charanis, P., (n. 3), pp. 153 y s.; Lemerle, P., (n. 50), pp.

25 y ss.; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 83. La *Carta* de Nicolás III fue escrita hacia fines del siglo XI y comienzos del XII; al respecto v. bibliografía citada en la nota precedente.

**210** Bon, A., (n. 2), p. 55; Jenkins, R., (n. 35), p. 13; Lemerle, P., (n. 50), pp. 36-37; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 488; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 80; Rajević, A., (n. 18), p. 244; Zakythinós, D., "La grande brèche dans la tradition historique de l'hellénisme du septième au neuvième siècle", en: Χαριστήριον εἰς Ἁναστάσιον Κ. Ὀρλάνδον. Δημοσίευμα τῆς ἐν Ἀθήναις Ἀρχαιολογικῆς Ἐταιρείας (ἐν Ἀθήναις, 1966), ahora en: Zakythinós, D., *Byzance: Etat-Economie-Société*, (n. 58), p. 312.

**211** Bon, A., (n. 2n), pp. 49 y ss.; Musset, L., (n. 9), p. 42; Zakythinós, D., (n. 210), p. 314.

**212** El cuadro completo se puede consultar en Bon, A., (n. 2), p. 53. v. tb. Zakythinós, D., (n. 210), pp. 310 y s., y, Morrison, C., "Constantinople et la monnaie byzantine", en: *Les Dossiers d'Archéologie*, 176, noviembre 1992, París, p. 54, para el caso —similar— de Atenas.

Emperadores	Número de años	Monedas halladas	Promedio por período
Anastasio I a Justino II (491-578)	87	1.004	11,540
Tiberio II a Phocas (578-610)	32	145	4,531
Heraclio a Constante II (610-668)	58	111	1,913
Constantino IV a Nicéforo I (668-811)	143	19	0,132
Miguel I a Miguel II (811-829)	18	18	1,000
Teófilo a Miguel III (829-867)	38	176	4,630
Basilio I (867-886)	19	315	16,579
León VI a Nicéforo II (886-969)	83	3.450	41,566
Total	478	5.238	10,958

La disminución de la circulación monetaria, esto es, del comercio, es sólo un *síntoma* de la enfermedad: el debilitamiento de la autoridad imperial en la península, debido a la invasión eslava. Se puede apreciar en el cuadro la rápida y abrupta caída del comercio a partir de Tiberio II; al período más crítico, desde Constantino IV a Nicéforo I, cuando los contactos comerciales prácticamente desaparecen, sigue uno de recuperación, lenta en los primeros años, pero acelerada y creciente desde Teófilo, con un notable repunte desde fines del siglo IX. En la Figura 1 hemos graficado estos datos, y la curva resultante se podría decir que representa la autoridad efectiva del Imperio bizantino en el Peloponeso. Bien podría aplicarse este gráfico a aspectos —aparte del comercial y del político— de índole cultural —por ejemplo el uso de la lengua griega en la región— o religioso.

Es posible, entonces, aceptar las fechas propuestas por la *Crónica de Monemvasía* —con algún pequeño margen de error, por cierto— para la ocupación eslava y, también, que durante doscientos dieciocho años ningún funcionario bizantino, salvo la breve expedición de Stauracio, puso sus pies en el Peloponeso<sup>213</sup>. En conclusión, no existen fuentes que contradigan a la *Crónica*, y las pocas evidencias arqueológicas de que disponemos no hacen más que confirmar las palabras del cronista; no existen razones, así, para dudar de la fidelidad de la fuente en esta segunda parte, aun cuando sea la única que se refiera a estos temas.

213 V. Bon, A., (n. 2), p. 55; Lemerle, P., (n. 50), pp. 36 y s.

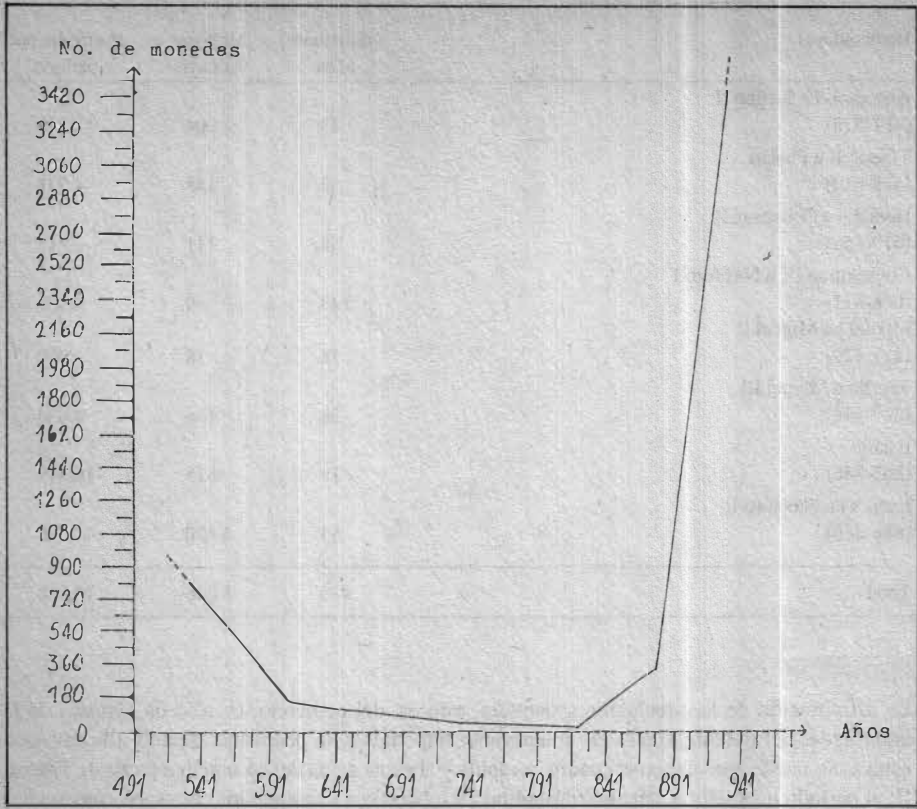


Figura 1

### C. Rebizantinización del Peloponeso (59-80)

Esta parte se distingue de las dos anteriores por la precisión y los detalles que conoce el autor respecto de hechos acaecidos, aproximadamente, entre los años 805 y 810. Entre tales precisiones la primera que llama la atención es que, por primera vez, son nombrados los *eslavos*<sup>214</sup>, en lugar de los ávaros, lo cual corrobora que ambos términos son empleados por el cronista como sinónimos. Es muy probable que el autor escriba ahora sobre acontecimientos más o menos próximos, temporalmente, a él; de hecho, podemos afirmar que lo hace después del año 806, fecha en que falleció el patriarca Tarasio<sup>215</sup>. Y, puesto que no se relatan otros

214 v. *Crón. de Mon.*, 60.

215 Cf. Lemerle, P., (n. 50), p. 22.



sucesos del siglo IX, suponemos que la obra fue redactada a mediados de tal siglo o, incluso, antes. Según Paul Lemerle, la última parte de la *Crónica* podría sustentarse en una tradición oral local que recoge nuestro autor<sup>216</sup>. Si éste escribe, por ejemplo, hacia el año 895, podría haber obtenido información de los hechos ocurridos a principios de siglo, por vía oral, a través del testimonio del nieto de algún protagonista de esos acontecimientos. No obstante, el que no se haga mención de ningún emperador después de Nicéforo I, así como el que se refieran sucesos incluyendo precisiones que escaparían a un relato transmitido oralmente por noventa años, nos permite inferir que la redacción es anterior. Si, en cambio, fijamos como fecha de redacción el año 855, tenemos dos posibilidades: primera, que el autor se haya enterado de los hechos a través del relato de un anciano, testigo ocular de los hechos acaecidos media centuria atrás, o del de un hijo de testigos; segunda, que el mismo cronista, ya viejo —unos sesenta y ocho años, si es que era un hombre de dieciocho en el 805— escribe recordando hechos que le tocó vivir (las dos primeras partes de la *Crónica*, donde hay ciertamente imprecisiones, tendrían como fin explicar tales acontecimientos dentro de un contexto mayor). A la hipótesis de la tradición oral como fuente para esta parte de la obra no debe, pues, restársele crédito ni importancia, aunque se trate sólo de una conjetura. Es preciso añadir que no disponemos de fuentes anteriores a la *Crónica* que nos permitan asegurar que el cronista utilizó otros escritos —excepto uno, al cual haremos alusión más adelante—.

Aunque los eslavos se difundieron por toda la península, se concentraron preferentemente, tal como afirma la *Crónica*, en el sector occidental de ésta, en zonas agrestes más que en las ciudades. En efecto, los estudios de toponimia señalan claramente que el Peloponeso se vio menos afectado por las invasiones eslavas en su margen oriental: en Corinto, por ejemplo, se han identificado sólo veinticuatro topónimos de origen eslavo, en Acaya y Arcadia más de noventa en cada caso; Argólida ha arrojado un total de dieciocho topónimos eslavos, mientras que en Laconia se han hallado más de ochenta<sup>217</sup>. Si en los topónimos se puede reconocer una fuerte influencia eslava, no ocurre lo mismo con la lengua. El griego, que predomina hasta nuestros días, ya que la lengua eslava habría desaparecido de la región hacia el siglo XII<sup>218</sup>, apenas si tiene algunas palabras prestadas del eslavo, las que están ligadas a la vida doméstica o rural, agrícola y pastoril<sup>219</sup>. Las tribus eslavas no llegaron nunca a organizarse políticamente, como ya dijimos, no se instalaron en las ciudades abandonadas por los griegos, ni fundaron otras nuevas<sup>220</sup>. En algunos centros urbanos costeros o ubicados en zonas más o menos inaccesibles, como Corinto, Patras o Monemvasía, se conservaron importantes núcleos de población helénica; desde estos centros, a partir de principios del siglo IX, se emprenderá una ofensiva bizantina contra el invasor, cuyo fin será recuperar la península para el Imperio<sup>221</sup>.

Ya desde mediados del siglo VII Bizancio estaba empeñado en quitar a los eslavos el dominio

216 *Ibid.*, p. 21.

217 Charanis, P., (n. 3), p. 164; Charanis, P., (n. 2), p. 41. Sobre topónimos ver tb.: Bon, A., (n. 2), pp. 55 y ss.; Bury, J. B., (n. 72), p. 376; Finlay, G., (n. 6), pp. 23 y ss.; Musset, L., (n. 9), p. 42; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 274; Vacalópoulos. (n. 49), p. 6.

218 Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 274.

219 Bon, A., (n. 2), p. 56.

220 v. n. 47, *supra*. Tb. Bon, A., (n. 2), p. 56;

Heers, J., (n. 15), p. 70; Ferluga, J., (n. 21), p. 317; Gregorovius, F., (n. 11), pp. 236 y s.; Lemerle, P., (n. 5), p. 293; Obolensky, D., *ENW* (n. 20), p. 489; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 7.

221 Bon, A., (n. 2), pp. 57 y 59; Charanis, P., (n. 3), p. 164; Gregorovius, F., (n. 11), p. 237; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 80; Ostrogorsky, G., (n. 45), p. 20; Vacalópoulos, A., (n. 49), p. 3.

de los Balcanes. En aquellas regiones donde se restituía el dominio imperial, se creaba un *thema*, es decir, una provincia gobernada por un estratega en cuyas manos se concentra el poder civil y militar, y cuya misión consiste en asegurar la sumisión de la región, administrarla y protegerla de nuevos peligros<sup>222</sup>. Entre los años 680 y 687 se creó el *thema* de Tracia; hacia el 687 ó 695, el de Hellas o Hélade; el de Macedonia data de entre el 789 y 802; a principios del siglo IX se fundaron, además, los *themas* de Tesalónica, Cefalonia y Dyrrachium —en esta época, en fecha incierta, como veremos, se habría creado el del Peloponeso—<sup>223</sup>. Estas fechas, pues, señalan el itinerario de la rehelenización de los Balcanes y la consolidación del poder bizantino en la región<sup>224</sup>. Es en este contexto que hay que entender el envío de “un estratega del Peloponeso”<sup>225</sup>, empero, la fecha precisa en que se organizó el *thema* no se conoce. Según algunos autores su fundación estaría asociada a la expedición de Stauracio en 783<sup>226</sup>, sin embargo, ningún texto menciona algún estratega del Peloponeso antes del año 805<sup>227</sup>. En efecto, León Skléros es el primer estratega conocido para este *thema*, documentado ya para el año 812<sup>228</sup>, y cuyo nombramiento estaría relacionado con la sublevación de Patras en el año 805, siempre que la *Crónica de Monemvasía* y el *Scriptor Incertus* aludan al mismo personaje. Así, la creación del *thema* debe ubicarse temporalmente entre los años 805 y 812, en tiempos del emperador Nicéforo I<sup>229</sup>

Skléros fue enviado al Peloponeso con el fin de sofocar una rebelión de eslavos que habían

222 Bon, A., (n. 2), p. 37; Dvornik, F., (n. 16), p. 110; Lemerle, P., (n. 5), p. 307; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 106.

223 v. Anastos, M. V., (n. 14), p. 92; Bon, A., (n. 2), p. 38; Jenkins, R., (n. 35), p. 92; Lemerle, P., (n. 5), p. 308, n. 2; Musset, L., (n. 9), p. 42; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), pp. 107 y s.; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 489; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 172; Ostrogorsky G., (n. 45), p. 7; Rajević, A., (n. 18), p. 244; Zakythinós, D., “Le thème de Céphalonie et la défense de l'Occident”, en: *L'Hellénisme contemporain*, Huitième Année, 4-5, Julliet-Octobre 1954, Athènes, ahora en: Zakythinós, D., *Byzance: Etat-Economie-Société*, (n. 58), p. 310; Zakythinós, D., (n. 210), p. 320, v. *Mapa 3*.

224 v. Anastos, M.V., (n. 14), p. 92; Bon, A., (n. 2), p. 37; Lemerle, P., (n. 5), p. 308; Ostrogorsky, G., (n. 45), p. 7; Vlasto, A. P., (n. 19), p. 9.

225 v. *Crón. de Mon.*, 60-61.

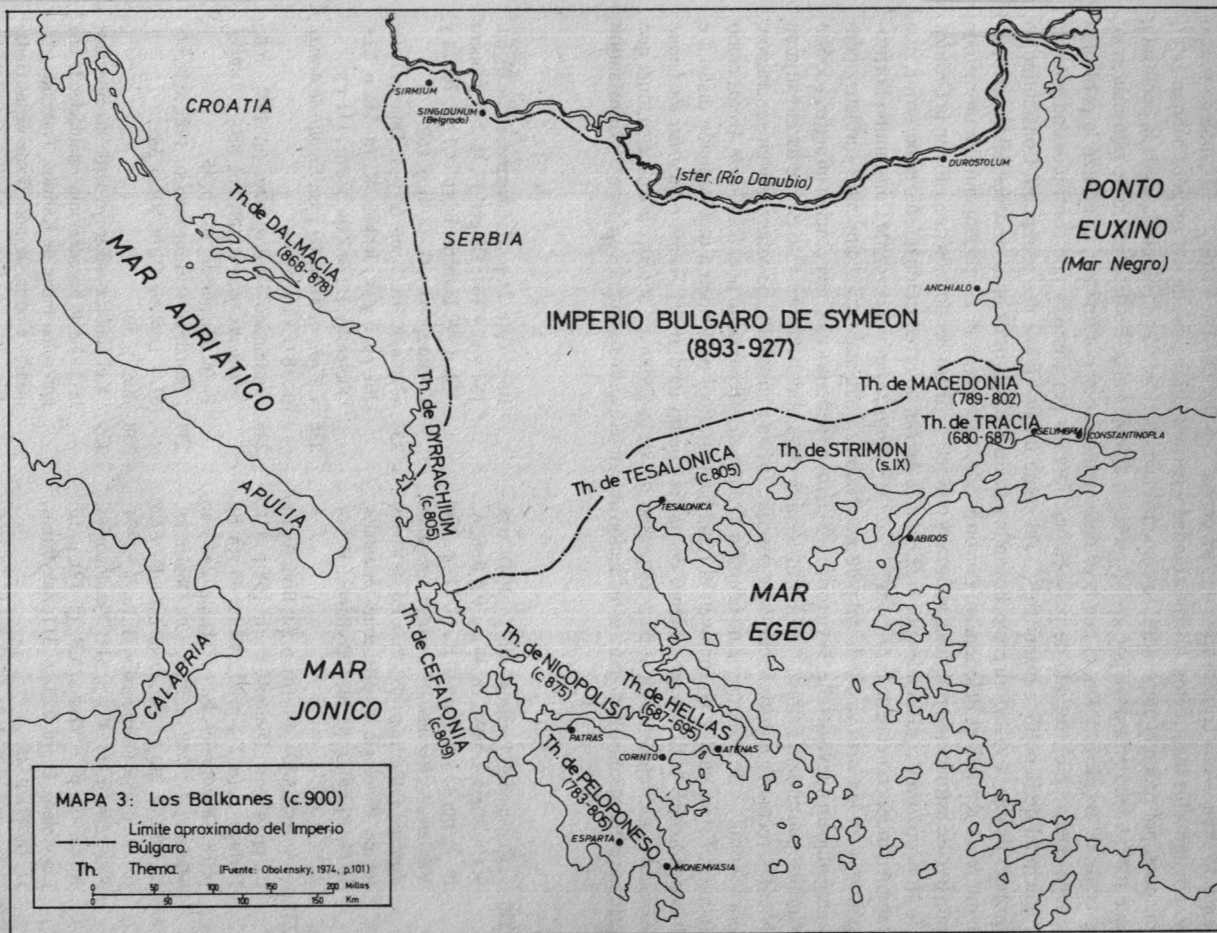
226 v. Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 489.

227 Bon, A., (n. 2), pp. 45 y s.; Zakythinós, D., (n. 210), p. 320. A fines del siglo VII Muslim ibn Muslim al-Djarmi (cuyo testimonio ha llegado hasta nosotros a través de un autor del siglo IX, Abu 'I Kasim 'Ubaid b. 'Abad Allāh Ibn

*Khordādhbeh*), elaboró una lista de estrategias bizantinas, en la cual no se incluye ningún estratega del Peloponeso. Para mayores precisiones al respecto, v. Oikonomides, N., “Une liste arabe des stratèges byzantins du VII<sup>e</sup> siècle et les origines du thème de Sicile”, en: *Revista di Studi Bizantini e Neoellenici*, N. S. 1 (XI), Roma, 1964, ahora en: Oikonomides, N., *Documents et études sur les institutions de Byzance (VII<sup>e</sup> - XV<sup>e</sup> siècle)*, Variorum Reprints, 1976, London, *passim*.

228 v. *Incerti auctoris vita Leonis Armeni*, en: *MPG*, t. CVIII, col. 1011. v. tb. Bon, A., (n. 2), p. 45; Charanis, P., (n. 3), p. 154; Lemerle, P., (n. 50), p. 18, quien señala que no se trata, necesariamente, del mismo Skléros citado en la *Crón. de Mon.*, 63. Estos tres autores transcriben el texto griego original. Skléros es tb. cit. en el *Escolio de Aretas*, (n. 167), 25, cuya redacción, como se indicó ya, es posterior a la *Crón. de Mon.*

229 v. Anastos, M.V., (n. 14), p. 92; Bon, A., (n. 2), p. 46; Jenkins, R., (n. 35), p. 123; Lemerle, P., (n. 5), p. 308, n. 2; Musset, L., (n. 9), p. 42; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 108; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 172, n. 2; Rajević, A., (n. 18), p. 244; Zakythinós, D., (n. 223), p. 310; Zakythinós, D., (n. 42), p. 25.



logrado sitiar —con colaboración de sarracenos<sup>230</sup>— la ciudad de Patras<sup>231</sup>. El estratega venció y subyugó a los insurrectos, liberó la ciudad y permitió el regreso de sus antiguos habitantes<sup>232</sup>; después, por orden del emperador, se comenzó la reconstrucción de las ciudades de la península, que habían sido arrasadas por los invasores o abandonadas. Se daba inicio de esta manera al proceso de rehelenización, el que tuvo dos orientaciones: por un lado, se reforzó la población griega mediante el traslado de poblaciones, forzado por cierto, y que constituía una práctica tradicional de la política bizantina<sup>233</sup>. Tal como medio siglo antes se repobló Constantinopla después de una devastadora peste, llevando a la ciudad griegos de otras ciudades del Imperio, así también se repobló el Peloponeso. Por otro lado, la conversión al cristianismo fue un método efectivo de asimilación religiosa, cultural y política<sup>234</sup>. Estos hechos son descritos en la *Crónica de Monemvasía* y confirmados por el *Escolio de Aretas*, cuya redacción no sólo es posterior, sino también independiente de la primera<sup>235</sup>. En *De Administrando Imperio*, de Constantino Porfirogénito, y en la *Carta* ya citada del patriarca Nicolás, se relatan acontecimientos similares, pero agregando un nuevo detalle: la victoria de Skléros se debería a una intervención milagrosa de San Andrés, patrono de Patras<sup>236</sup>. El Porfirogénito, cuya obra habría servido de fuente al patriarca Nicolás, reconoce que los hechos que describe se han transmitido, de generación en generación, por vía oral<sup>237</sup>, de manera que no ocupó la *Crónica de Monemvasía* ni el *Escolio de Aretas* como fuentes. Éstas, ya que no incluyen el tema hagiográfico, responden a una tradición distinta e independiente<sup>238</sup>. El descubrimiento de un fragmento inédito del *Scriptor Incertus de Leone Armenio*, prácticamente idéntico a ciertos pasajes de la *Crónica* y del *Escolio*, hace suponer que éste fue el texto consultado para la redacción de ambos escritos, al menos en parte<sup>239</sup>. Constantino

230 v. Constantino Porfirogénito, (n. 198), XLIX, 9. Cf. Anastos, M.V., (n. 14), p. 92; Bon, A., (n. 2), pp. 43 y s.; Bury, J. B., (n. 72), p. 376; Vasiliev, A., *Byzance et les arabes*, tome I: *La dynastie d'Amorium (820-867)*. Ed. de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales, 1935, Bruselas, p. 18; Zakythinós, D., (n. 223), p. 311.

231 v. Anastos, M.V., (n. 14), p. 92; Bon, A., (n. 2), pp. 43 y s.; Dvornik, F., (n. 16), p. 110; Ferluga, J., (n. 21), p. 322; Finlay, G., (n. 6), p. 18; Gregorovius, F., (n. 11), pp. 244 y s.; Malleros, F., *IMP* (n. 2), p. 198; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 106; Obolensky, D., *ENN* (n. 20), p. 489; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 171; Patlagean, E., (n. 49), p. 311; Vacalópoulos, A., (n. 49), p. 3; Vlasto, A.P., (n. 19), p. 10; Zakythinós, D., (n. 223), p. 311; Zakythinós, D., (n. 42), p. 25.

232 v. Andréades, A.M., (n. 205), p. 54, n. 2: "...in the ninth century many christians of Sicily and southern Italy found refuge in Greece".

233 v. Teophanes, (n. 88), *A. M.* 6302 = A.C. 802 (col. 976 y s.). v. Anastos, M.V., (n. 14), p. 92;

Bon, A., (n. 2), p. 47; Charanis, P., (n. 3), pp. 154 y s. y 164; Dölger, F., (n. 58), número 372, p. 46; Lemerle, P., (n. 50), pp. 20, 28 y s.; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 169.

234 v. Bon, A., (n. 2), pp. 65 y ss.; Dujčev, I., (n. 20), pp. 6 y ss.; Jenkins, R., (n. 35), p. 123; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), pp. 111 y s.

235 v. *Crón. de Mon.*, 60 y ss.; *Escolio de Aretas*, (n. 167), 18 y ss.

236 Constantino Porfirogénito, (n. 198), XLIX; *Synodialis ep.*, (n. 208), col. 880. v. Dölger, F., (n. 58), número 365, p. 45.

237 Constantino Porfirogénito, (n. 198), XLIX, 60-61. v. Lemerle, P., (n. 50), p. 38.

238 *Ibíd.*, p. 39.

239 "Y él también construyó desde sus cimientos la ciudad de Lacedemonia, estableciendo una población mixta de Kafirios, Trakesios, Armenios y otros, llevados desde varias ciudades y lugares; la constituyó en arzobispado, poniéndola bajo la jurisdicción de la ciudad de Patras". v. Grégoire, H., "Un nouveau fragment du 'Scriptor Incertus de Leone Armenio'", en: *Byzantion*, xi, Bruselas, pp. 417-

Porfirogénito, por su parte, no habría conocido ninguno de estos documentos. La aparición del tema hagiográfico es relevante, puesto que nos lleva a valorar la simplicidad y el realismo de la *Crónica de Monemvasía*, a la vez que confirma el hecho de que su redacción es bastante temprana, en fecha tan cercana a los acontecimientos como para no permitir el desarrollo de una leyenda ya consagrada por la tradición oral en el siglo x<sup>240</sup>

A pesar de que hemos dejado de lado una serie de aspectos importantes de la *Crónica* en nuestro breve análisis —ya que sólo nos interesaban algunos problemas que plantea la fuente—, podemos concluir que ésta es un instrumento válido para el estudio de la llamada “cuestión” eslava en el Peloponeso, entre fines del siglo VI y comienzos del IX, pues sometida a un examen crítico demuestra su solidez, coherencia y veracidad o, cuando menos, verosimilitud. Por tanto, podemos afirmar con propiedad que, aunque hubo una fuerte penetración eslava, ni en los Balcanes, en general, ni en el Peloponeso, en particular, se produjo una eslavización de los griegos, sino al contrario, una helenización de los eslavos<sup>241</sup>, que no conservaron ni su religión, ni su lengua, ni sus instituciones. Tal como concluye Paul Lemerle en su excelente estudio sobre la *Crónica*, no existen razones suficientes para desconfiar de la información contenida en ésta<sup>242</sup>; puede ser “improbable” en algunos detalles, como afirma Rómilly Jenkins, pero es sustancialmente verdadera<sup>243</sup>

\* \* \*

A fin de completar el cuadro hasta aquí esbozado, es necesario agregar algunos datos. La restauración bizantina en el Peloponeso fue relativamente fácil en los llanos y en el *hinterland* de las principales ciudades, pero el sometimiento de los eslavos refugiados en las montañas demandó más tiempo<sup>244</sup>. Durante el reinado del emperador Miguel III (842-867), siendo regente su madre, Teodora (842-856), hubo una sublevación eslava que fue sofocada por el protospatharius Theoctistus Bryennius, enviado como gobernador militar de la provincia; sólo dos tribus establecidas en el sur, en las laderas del monte Taigeto, los *Melingues* y los *Ezerites*<sup>245</sup> conservaron su autonomía, aunque pagando al Imperio un tributo fijado en sesenta y trescientos nomismatas, respectivamente<sup>246</sup>. En el año 934, bajo el gobierno de Romano

427, cit. y comentado en: Charanis, P., (n. 3), pp. 154 y s. Cf. Lemerle, P., (n. 50), pp. 20 y ss., y esp. p. 27: “...et on a cherché alors, mais en vain, une source commun aux deux textes”.

240 *Ibíd.*, pp. 39 y ss.

241 Patlagean, E., (n. 49), p. 277. Cf. Tsatsos, C., *Grecia y Europa*, trad. de la versión original en francés, publicada por el Centro de Estudios Europeos de Lausana, Secretaría General de Prensa e Información, 1978, Atenas, pp. 41-45, cit. en: Malleros, F., *GRE* (n. 2), p. 221: “...en un gran número de casos, esos invasores se vieron dominados por la civilización griega a tal punto que puede decirse, sin ninguna duda, que la nación griega, en su casi

totalidad, nunca se hizo bárbara, mientras que numerosos bárbaros fueron helenizados”.

242 Lemerle, P., (n. 50), pp. 39 y ss.

243 Jenkins, R., (n. 35), p. 123.

244 Bon, A., (n. 2), p. 63.

245 Μελιγχοί, palabra de etimología incierta, quizá “habitantes de las colinas secas de caliza”. Ἐζερίται, “habitantes del lago”. v. Vlasto, A. P., (n. 19), pp. 12 y 322, (n. 29); Bury, J. B., (n. 72), p. 376.

246 Constantino Porfirogénito, (n. 198), L, 1-25. v. tb. Bon, A., (n. 2), p. 47; Bury, J. B., (n. 72), p. 379; Finlay, G., (n. 6), p. 19; Jenkins, R., (n. 35), p. 157; Runciman, S., (n. 20), p. 72; Ferluga, J., (n. 21), p. 322. Los *Melingues* habitaban la vertiente occidental del Taigeto,

Lecapeno (919-944), cuando la provincia quedó bajo el mando de Juan Protheuon, un estratega incompetente, ambas tribus se rebelaron, negándose a pagar el tributo. Un nuevo estratega, Krinites Arotas<sup>247</sup>, fue enviado a la península con la misión de aplastar la rebelión. El nuevo gobernador consiguió someter a los eslavos y, en castigo, aumentó el tributo fijándolo en 600 nomismatas para cada tribu<sup>248</sup>. Krinites Arotas fue reemplazado en el cargo por Bardas Platypodis, quien se mostró débil frente a los Melingues y Ezerites y, en general, en todos los asuntos administrativos y militares. Las dos tribus aprovecharon el momento —además de la debilidad del estratega, y a causa de ella también, en aquel entonces se produjeron incursiones menores de eslavos desde el norte de la península, en el golfo de Corinto— y solicitaron al emperador una reducción del tributo. Temiendo una nueva sublevación a gran escala si se unían los bárbaros del norte y del sur, el emperador restauró el antiguo tributo, y la paz volvió a la región<sup>249</sup>.

Ezerites y Melingues conservarán su identidad étnica y lingüística hasta el siglo xv. La *Crónica de Morea* describe las dificultades que ocasionaron a los francos, en el siglo xiii, estos indómitos eslavos del Taigeto; incluso hubo que levantar fortalezas para contenerlos<sup>250</sup>. El *Livre de la Conquete*, de la misma época, los describe como pueblos que “no obedecen a señor alguno”<sup>251</sup>. Dos autores del siglo xv, el viajero Kanaros Lascaris y el historiador Laonicus Chalcocondyles, mencionarán por última vez a los eslavos del Taigeto<sup>252</sup>, que serán asimilados finalmente por los turcos otomanos<sup>253</sup>.

El caso de los Melingues y Ezerites no constituye más que una excepción en el proceso de rehelenización de la península del Peloponeso, que fue llevado a cabo entre los siglos ix y x. Los hombres de Iglesia, principalmente de Patras, Corinto, Argos, Esparta y Monemvasía, grandes centros de actividad misionera, tuvieron un rol fundamental, puesto que la cristianización implicaba de hecho una asimilación cultural, porque la liturgia exigía el dominio de la lengua griega. Convertirse al cristianismo, además, dada la estrecha relación entre la Iglesia y el Imperio, significaba también hacerse súbdito del emperador. La helenización, pues, involucraba, al mismo tiempo, una asimilación religiosa, cultural y política; en otras palabras, los eslavos se convirtieron en bizantinos, esto es, en griegos<sup>254</sup>. Los supuestos “dominadores” de Fallmerayer no dejaron ningún monumento artístico, vestigio alguno de su vida espiritual o cotidiana, ni monedas, sellos

y los *Ezerites*, más numerosos —pagaban más tributo— las marismas cercanas. v. Bon, A., (n. 2), p. 63; Bury, J. B., (n. 72), p. 376; Finlay, G., (n. 6), pp. 19 y s.; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 274; Zakythinós, D., (n. 42), pp. 20, 25.

**247** v. Dölger, F., (n. 58), número 636, p. 79. v. Finlay, G., (n. 6), p. 20.

**248** Dölger, F., (n. 58), número 637, p. 79.

**249** Constantino Porfirogénito, (n. 198), L, 25-70. v. Bury, J.B., (n. 72), p. 379; Heers, J., (n. 15), p. 301; Runciman, S., (n. 20), p. 73.

**250** Zakythinós, D., (n. 42), p. 27. v. tb. Finlay, G., (n. 6), pp. 21 y s.

**251** Zakythinós, D., (n. 42), p. 28.

**252** *Ibid.*, pp. 28 y s. v. tb. Finlay, G., (n. 6), p. 22. Kanaros Lascaris dice, además, que en el Taigeto se hablaba un dialecto similar al de Lübeck. v. Vacalópoulos, A., (n. 49), p. 5.

**253** v. Bon, A., (n. 2), pp. 63 y 71; Bury, J.B., (n. 72), p. 380; Dvomik, F., (n. 16), p. 110; Finlay, G., (n. 6), p. 22; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), pp. 106 y 274; Ostrogorsky, G., (n. 4), p. 171; Zakythinós, D., (n. 42), p. 29.

**254** Bon, A., (n. 2), pp. 64 y ss.; Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), pp. 111 y ss.; Vlasto, A. P., (n. 19), pp. 10 y s.

o inscripciones funerarias<sup>255</sup>; su aporte se reduce a algunos topónimos y unas cuantas palabras incorporadas a la lengua griega: nada significativo. La rápida y completa asimilación de los eslavos da cuenta de la vitalidad y prestigio de la civilización griega bizantina<sup>256</sup>, que supo salvar y conservar la cultura griega —en todas sus dimensiones— aun en la misma Grecia<sup>257</sup>. Entre los emperadores que más contribuyeron a tan enorme tarea, a Nicéforo I debe concedérsele un lugar de primerísima importancia, y a él podemos hacer extensivas las palabras con que León VI (886-912) se refirió a la obra de Basilio I (867-886), en cuanto a que éste había “hecho griegos y súbditos de los romanos” a los eslavos<sup>258</sup>.

### III

Por su situación geográfica la península de los Balcanes está en una encrucijada. Por el norte, sobre el río Danubio, Panonia, actual Hungría, es el punto de llegada de las tribus bárbaras del Asia Central<sup>259</sup>, cuya presencia se hará dramáticamente manifiesta a partir del siglo IV. A través de Tracia, Macedonia y Mesia, por una parte, o Tracia, norte de Tesalia y sur de Iliria, por otra, se extienden las principales vías terrestres que comunican Oriente y Occidente, el Mar Egeo y el Mar Adriático. Por el sur, el Peloponeso constituye un punto clave de las rutas marítimas que comunican el Mediterráneo oriental con el occidental. En sentido norte-sur existen también rutas que, siguiendo estrechos valles y sinuosos pasos, permiten atravesar la península desde el Danubio hasta el sur del Peloponeso. Este esquema, general por cierto, nos sirve para explicar por qué, desde antiguo, los Balcanes han sido lugar de paso y asentamiento para distintos pueblos: razas y tribus se cruzarán y se mezclarán allí, avanzando o retrocediendo, entrando en alianzas o combatiéndose, en un movimiento incesante<sup>260</sup>. La península del Peloponeso, en particular, aunque en menor escala que el norte balcánico, no escapará a estas incursiones —a veces violentas y devastadoras— y, en realidad, los eslavos no serán los primeros ni los últimos en dejar su impronta, más o menos duradera, en estos territorios.

Tanto en Corinto como en Patras, se instalaron, en los siglos I a.C. y I d.C., colonias romanas<sup>261</sup>; sabemos también que a mediados del siglo I residía en Corinto una importante comunidad judía<sup>262</sup>. Dos siglos después la península, como anuncio de lo que vendrá más adelante, sufre las primeras incursiones bárbaras, protagonizadas por godos y hérulos que a través del istmo de Corinto ingresaron al Peloponeso, avanzando hasta Argos y Esparta, sembrando desolación a su paso<sup>263</sup>. Durante la siguiente centuria la península parece gozar de una relativa

255 Finlay, G., (n. 6), p. 23; Zakythinós, D., (n. 210), p. 314.

256 Obolensky, D., *BYZ* (n. 20), p. 274.

257 Charanis, P., (n. 3), p. 164.

258 Leonis Imperatoris *Tactica, Constitutio XVIII*, 101, en: *MPG*, t. CVII, col. 969-970. *Fragm. cit. tb. en: Obolensky, D., BYZ* (n. 20), p. 113, en inglés; Bon, A., (n. 2), p. 70, n. 5, en griego. v. tb. Charanis, P., (n. 3), p. 164; Jenkins, R., (n. 35), p. 123.

259 v. Herrera, H., (n. 49), p. 161.

260 Lemerle, P., (n. 5), p. 265. Cf. Bon, A., (n. 2), p. 27.

261 v. Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 1, 2; V, 1, 2; VII, 18, 7, en: *Historiadores griegos*, trad., notas y prólogo de F. de P. Samaranch, Aguilar, 1969, Madrid. Cf. Bon, A., (n. 2), p. 11.

262 Act. XVIII.

263 Bon, A., (n. 2), p. 13. v. tb. Musset, L., (n. 27), p. 10.

calma; pero sólo es una pausa antes de la nueva tormenta: por el norte, en el Danubio, la “presa” que contiene la marea bárbara está a punto de romperse, para dar comienzo al período más crítico de las grandes invasiones, en los siglos IV, V, y VI. Sucesivamente ingresan en los Balcanes, llegando a veces hasta las Termópilas, o hasta el istmo de Corinto, o, finalmente, entrando al Peloponeso, hordas de visigodos, hunos, vándalos y ostrogodos —que llegan por vía marítima—, ávaros y eslavos<sup>264</sup>. Estos últimos serán los únicos que se establecerán en forma duradera en el sector, llegando algunos a constituir grandes reinos en el norte de los Balcanes. A todos estos pueblos habría que agregar aún aquellos que se instalaron como consecuencia de las deportaciones o traslados de población en el Imperio Bizantino y, desde el siglo XIV, los turcos otomanos.

Es evidente que, en menor o mayor grado, estos pueblos, aun los que estuvieron sólo de paso, tienen que haber afectado a la población griega aborigen en su composición étnica. En definitiva, tenemos que aceptar que la población griega recibió numerosos aportes de sangre extraña. Fallmerayer no se habría equivocado: efectivamente, “no hay una gota de verdadera sangre helena, pura de toda mezcla, en las venas de la población cristiana de la Grecia moderna”. Pero sí se equivocó el sabio alemán al transformar este problema *étnico* en uno *cultural*, y esta es la clave del asunto. El argumento racial no se puede sostener ya con seriedad, ni siquiera recurriendo a testimonios —que no conducen a ninguna parte— hematológicos. Que por las venas de los griegos actuales circule sangre romana, judía, germana, eslava o asiática, no quiere decir que la *cultura griega* o el *ser histórico griego* hayan sido aniquilados. “Los griegos se mezclaron con elementos extraños, como sucede en todas las naciones que tienen historia, pero ellos poseían y poseen una tan admirable flexibilidad, que, pese a toda fuerza adversa, han sido capaces de asimilar civilizaciones y tribus extranjeras sin perder por ello su carácter racial y su nacionalidad”<sup>265</sup>. Las palabras del vate latino Horacio, con las que se refería exclusivamente al caso de los romanos, fueron proféticas, y tendrán vigencia a través de toda la historia griega: *Graecia capta ferum victorem cepit*<sup>266</sup>

264 Bon, A., (n. 2), p. 14; Musset, L., (n. 27), pp. 32, 37, 53.

265 Thumb, A., *The modern greek and his ancestry*, Bulletin of the John Rylands Library,

Oct. 1914, pp. 27 y s., cit. en: Malleros, F., *GRE* (n. 2), p. 218.

266 “Grecia, cautiva, tomó cautivo a su conquistador”. Horacio, *Epist.*, II, I, 156, cit. en: Vasiliev, A., (n. 8), p. 207.